

EL PLANETA DE LOS HOMBRES DE ORO

CLARK CARRADOS

El planeta de los hombres de oro

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/137

CAPÍTULO PRIMERO

Para un robot como yo siempre es consolador sentir sobre los hombros la caricia del plumero. Esto, que en apariencia puede parecer una incongruencia, no lo es tanto cuando se piensa que lo que le están haciendo a uno es quitarle el polvo que se le ha acumulado encima y que tratan de ponerlo presentable para hacerlo entrar en acción, sacándolo del almacén de robots donde había estado aburriéndose soberanamente durante una temporada cuya duración no importa ahora,

Bill Klaner, el viejo piloto de astronaves, retirado a causa del prematuro estallido de una pila nuclear que se le llevó, entre otras cosas, un ojo y una pierna, estaba encargado ahora del almacén de la Intermundial Robótica y rio cascadamente en tanto ajustaba mis últimos controles.

—Bueno, Kabé, viejo zorro —dijo—; por fin vas a volver de nuevo al espacio, ¿eh?

Hube de esperar a que me ajustase el circuito parlante antes de inquirir:

—¿Dónde, si puede saberse?

Bill volvió a reír y se encaminó renqueando hacia un tablero de control.

—El jefe te lo explicará —dijo, en tanto verificaba la carga de la diminuta pila atómica que era la planta de fuerza que me proporcionaba la energía necesaria para todos mis actos, tanto mentales como mecánicos.

Hube de contener un largo silbido de admiración, que estaba a punto de escaparse de mis labios de plástico.

—¿El jefe ha dicho, Bill?

—El mismo en persona, Kabé.

—Sí que debe ser gordo el asunto cuando el jefe quiere verme —comenté.

—Tú lo has dicho, Kabé; pero no me preguntes más; aunque quisiera, no podría decírtelo, porque sólo me dieron la orden de reacondicionarte de nuevo. Flexiona los brazos, por favor.

Hice unos cuantos movimientos físicos para demostrar el perfecto estado de funcionamiento de mis articulaciones metálicas y, para concluir, el viejo Bill me hizo unos cuantos «tests» a fin de comprobar la agudeza de mis circuitos visuales. Una vez que me vio listo, me golpeó afectuosamente la espalda.

—Ya puedes largarte, Kabé —dijo, y luego emitió un melancólico suspiro—. ¡Qué envidia me das! Aquí me quedo yo, en tanto tú te vas a correrla por esos espacios de Dios. ¡Buena, suerte, Kabé!

—Gracias —contesté, refrigerando ligeramente el circuito emocional y encaminándome hacia el despacho de mi jefe.

Una secretaria anunció mi presencia por el interfono y al momento me dieron permiso para entrar. La chica, muy atractiva por cierto, apretó un botón, abriendo mecánicamente la puerta que conducía al «sancta sanctorum» de John Washington Pearce-Mills, presidente de la Intermundial Robótica, la compañía más poderosa de todas cuantas en la Tierra se dedicaban a la fabricación y alquiler de robots.

A pesar de haber estado tanto tiempo en conserva, mis circuitos memorísticos conservaban perfectamente la rotunda imagen de Pearce-Milis, por lo que apenas si le dirigí una estricta mirada de cortesía. Mis células visuales se sintieron instantáneamente atraídas por el visitante que, sentado en un cómodo butacón, se hallaba frente al presidente de la Intermundial.

El visitante era una mujer. A veces maldigo mi condición de robot, pero en esta ocasión no supe decirme si era mejor ser una máquina que no un hombre, porque no creo haya ningún humano capas, de permanecer indiferente ante una beldad como la que tenía ante mí, en el despacho de mi jefe.

Aun sentada se la adivinaba de buena estatura, magníficamente constituida anatómicamente, y poseedora de una singular y turbadora belleza, cuyas características más notables eran la negrura de sus cabellos, recogidos en un amplio rodete en la nuca que se sujetaba por medio de un cintillo de gemas, cuyo importe hubiera bastado para el rescate de un rey, y unos ojos glaucos, cuyos resplandores no parecían ser terrenos.

Aquella beldad vestía sencilla pero lujosamente, con un traje de una sola pieza de brillante color rojo que contrastaba detonantemente con la singular blancura de su tez, bajo la cual se adivinaba el latir de unas venas ricas en sangre cálida y radiante. Fumaba negligentemente un largo cigarrillo con boquilla de oro y sus largas pestañas aletearon blandamente en tanto arrojaba sobre mí una sagaz y especulativa mirada.

—¿Éste es el robot que usted me ha dicho, señor Pearce? —dijo ella, con una voz aterciopelada, en la cual vibraban los trémulos suficientes para advertir la energía y la firmeza que anidaban en aquel espíritu tan bellamente rodeado por su envoltura humana.

—El mismo, princesa —contestó mi jefe, y yo hube de contener un respingo al escuchar el tratamiento—. El mejor de que podemos disponer en este momento.

Ella volvió a estudiarme. Después volvió la cabeza hacia el presidente de la Intermundial.

—Me lo quedo, señor Pearce.

El aludido carraspeó.

—¡Ejem!… Dispénseme, princesa; pero la Intermundial no vende sus robots: únicamente los alquila.

La princesa arqueó una ceja.

—Me informaron mal, señor Pearce. Creía que aquí, en la Tierra, cualquier humano que tuviera el dinero suficiente podría comprar un robot.

—Oh, no, nada de eso, princesa. No encontrará usted una sola compañía que le venda un robot..., a menos —sonrió mi jefe— que compre usted la compañía, en cuyo caso...

—No tengo intenciones de cometer semejante insensatez, señor Pearce —dijo la beldad secamente—. Para lo que yo quiero, me basta y me sobra con alquilar a ese robot, cuyo nombre es..., ¿cómo dijo, señor Pearce?

—No tiene nombre, princesa, sino solamente unas letras de serie y un número; K.B. 000 459 3D5; pero resulta mucho más cómodo llamarle Kabé, como hicieron todos los humanos que lo han tenido a su servicio.

La princesa, cuya edad calculé en unos veinticinco años como máximo, volvió a examinarme con ojo crítico.

—¿Cree usted, señor Pearce, que este robot podrá ayudarme en todo cuanto yo pienso hacer?

—Eso depende de usted, misma, princesa —contesto mi jefe—. Por cierto, que hasta ahora no me ha dicho usted cuáles son sus intenciones. Solamente hemos hablado del alquiler de Kabé.

—¿Es necesario que se lo diga a usted, señor Pearce?

El presidente de la Intermundial se encogió de hombros.

Sonrió al decir;

—En realidad, no, princesa. Como usted muy bien sabe, nuestros robots están construidos bajo el principio de que no pueden causar el menor daño a ningún ser humano y, por lo tanto, si usted se lo llevase con tal intención, pues..., sencillamente, habría perdido el tiempo lastimosamente.

—Mis intenciones son muy distintas, señor Pearce —contestó ella, aplastando el consumido cigarrillo en un cenicero. Al hacerlo, se inclinó hacia adelante y el gesto hizo resaltar las bien trazadas líneas de su armonioso busto—. No obstante —prosiguió—, permítame que me las reserve para mí misma... y Kabé.

Pearce-Mills hizo un gesto de asentimiento.

—A su gusto, princesa. Bien, puesto que consideramos así la cosa, ya no nos queda sino firmar el correspondiente contrato.

Ella asintió y entonces, cuando Pearce le presentó el contrato, pude acabar de esterarme de su completa identidad.

En la casilla reservada al nombre del cliente, quien se comprometía a tener y conservar en calidad de depósito al robot núm…, abonando para ello la cantidad previamente estipulada y cien mil cláusulas legales más, todas las cuales le ataban de pies y manos que era un gusto, vi que era la Muy Noble y Magnífica Princesa María, del planeta Fizeon, sistema de Alción, en la constelación de las Pléyades, a unos quinientos años luz de la Tierra.

La cosa me dejó bastante frio. De las Pléyades sólo conocía sus nombres y, lógicamente, suponía que alguna de las estrellas componentes de dicha constelación debía ser el centro de algún sistema planetario habitable y habitado, pero nunca había oído hablar de Fizeon ni, mucho menos, de su princesa María.

Lo único que me extrañó fue el nombre, un nombre auténticamente, legítimamente terrestre, el cual sonaba mal en una mujer, por muy bella que fuera, nacida a quinientos años luz de distancia. ¿Por qué? Ya tendría tiempo de saberlo.

Concluidos los trámites indispensables, María firmó un talón por el importe de mi alquiler, que entregó a Pearce. Luego guardó en su bolso la parte del contrato que le correspondía y dijo:

—Gracias por todo, señor Pearce. Buenos días. ¿Vamos, Kabé?

Asentí en silencio. A partir de aquel momento, la princesa era mi dueña y, salvo destruirme u ordenar hacer daño a un humano, podía hacer conmigo todo lo que se le antojara. Sin utilizar mis circuitos parlantes, eché a andar tras ella.

Una hora más tarde nos hallábamos en una de las habitaciones de la «suite» que ella tenía alquilada, en el Hotel Copérnico, cuyo lujo indicaba bien a las claras la potencialidad de los medios económicos en que se movía la princesa.

—Espérame aquí, Kabé —dijo—: voy a cambiarme de ropa.

Aguardé un buen rato, distrayéndome en algunos problemas de cálculo integral, más que nada por comprobar el perfecto funcionamiento de mis circuitos y controles y, de pronto, cuando menos me lo esperaba, unos nudillos sonaron en la puerta.

—¡Abra, Kabé! —dijo María desee su tocador.

Hice lo que me decían y me vi frente a frente de un humano.

—Tengo entendido que aquí se aloja la princesa María de Fizeon —dijo el recién llegado.

—Así es —contesté— ¿Está usted citado con ella?

—Digamos que sí —concedió el, desconocido—. Por lo menos, la princesa me hizo venir. ¿Qué le parece si paso dentro?

—Apee él tratamiento, señor —contesté, echándome a un lado—. Soy un robot.

—¡Ah, un robot! —concedió el humano, sin darme la menor importancia, cosa que, francamente, no dejo de molestarme un poco, pese a mi robótica condición.

Entró y, sin vacilar, se dirigió hacia un mueble en el que se veían vasos y botellas.

Mientras el humano se servía una generosa dosis de licor, lo estudié atentamente.

El recién llegado era un hombre joven, apenas treinta años, fornido, alto, de cabellos castaños y ojos azules, en cuya cuadrada mandíbula se advertía un aire de decisión, y firmeza como sólo en los practicantes de una profesión podía notarse: en los astronautas. Y su uniforme azul, con las cuatro barras doradas en las hombreras, y su gorra galoneada indicaban de sobra su categoría en el oficio. El individuo era capitán de astronave. Pero la falta de un sol radiante sobre el cuarto galón decía que pertenecía a la astronáutica mercante, en lugar de a la de guerra.

El humano tomó un sorbo de licor y casi inmediatamente se escucharon unos tacones que se aproximaban a la estancia. Los dos volvimos los ojos hacia la puerta del tocador de la princesa.

María la abrió, surgiendo ante nosotros, vestida con un traje de una sola pieza, completamente negro, que se amoldaba exactamente a todas las líneas de su cuerpo. El humano soltó la copa y lanzó un prolongado silbido.

—La forma en que los terrestres expresan su admiración me desagrada bastante, capitán Lunner —dijo fríamente María.

—Lo siento, princesa —contestó el aludido—, pero no me pude

contener. Estoy seguro de que…

—No esté seguro de nada, capitán —habló ella sin abandonar su glacial acento—. Y en lo sucesivo, le ruego se abstenga de ciertas chabacanas manifestaciones que no puedo por menos de considerar ofensivas.

Lunner enrojeció hasta las orejas ante el roción que le había largado la princesa, lo que puso en funcionamiento mi circuito de la diversión, aunque pude hacer un esfuerzo y conservar mi ecuanimidad.

—Princesa, yo…

Ella no le hizo caso; se acercó a una mesita, y tomando un cigarrillo lo encendió con toda tranquilidad. Luego, expulsando el humo, miró al astronauta.

—Capitán Lunner —dijo—, si le hice venir aquí fue para contratar sus servicios, caso de que a usted le convenga el precio que voy a pagarle. De lo contrario, en «Gran Mundo Interplanetario» de esta semana viene mi efigie en la cubierta, y por cinco «garants» puede usted silbar ahí todo cuanto quiera.

Los colores aumentaron de tono en el rostro de Lunner. Era evidente que estaba indignadísimo, pero, parte porque no encontraba palabras y parte porque se hallaba en presencia de una dama, callaba.

Aprovechándose de esto, María continuó:

—Antes de llamarle a usted, capitán Lunner, hice las averiguaciones pertinentes, hallando, que en el momento actual, es usted el único comandante de astronave que puede servir a mis intereses. En dos palabras, le necesito a usted y a su nave, capitán.

Por fin, estas palabras hicieron el efecto de un revulsivo en el humano. Rehaciéndose, sonrió levemente y dijo:

—Si lo paga, ¿por qué no, princesa?

—¿Cuánto cobra usted, capitán? —fue la respuesta de María.

—Antes de fijar un precio desearía saber el tiempo que voy a estar a su servicio, princesa.

Por primera vez vi dudar a María. Se mordió el labio inferior y, al cabo, respondió:

—No puedo predecirlo, capitán. Sin embargo, ¿se contentaría usted con lo que le abone el importe del flete durante cinco años, terrestre, por supuesto?

—¡Cinco años! Es una cifra exagerada, princesa. Nunca acostumbro a comprometerme por un plazo superior a dos años.

—Lo siento, pero no puedo decirle el tiempo que estaremos en el espacio, capitán. Por eso señalé dicho plazo. Ahora, dígame usted…

Lunner meneó la cabeza.

—No; es demasiado tiempo.

—Tengo «demasiado» dinero para ofrecerle, capitán.

Lunner se echó a reír.

—Aunque me diera usted la Tierra convertida en una esfera de oro, no aceptaría.

—¿Por qué?

—Jamás estoy fuera del planeta un plazo que sobrepase al mencionado. No me gusta. Generalmente, los terrestres echamos pestes de nuestro mundo y de sus habitantes, pero no hay ninguno que al cabo de cierto tiempo no lo añore y desee regresar a él, sea como sea. Y en este caso, yo no soy ninguna excepción, princesa.

Mis circuitos visuales captaron en seguida la contrariedad que la negativa del capitán producía en la joven. Ésta insistió:

—Le he dicho cinco años porque no sé el tiempo que durará el flete de su nave, capitán Lunner; pero muy bien pudiera ocurrir que antes de seis meses se hallara usted de regreso a la Tierra. Yo no le discutiría entonces el que usted se embolsara el importe de esos cuatro años y medio que iba a trabajar para mí.

Lunner vaciló.

—De todas formas, tampoco me asegura que no estemos fuera durante esos cinco años, princesa.

—Es cierto, pero la compensación económica seria lo suficientemente fuerte para que, incluso si usted lo deseara, pudiera retirarse de la profesión y vivir el resto de sus días sin hacer otra cosa que dorarse los hombros al sol en una playa.

—He dicho que no —replicó firmemente Lunner—. Gracias por haberse acordado de mí, pero en estas condiciones no puedo aceptar.

María emitió un suspiro de resignación. Lunner tomó su gorra y se dirigió hacia la puerta. Tenía ya el pomo en la mano cuando oyó hablar a la joven, en tono casual.

—Bien, puesto que el capitán Lunner no quiere aceptar nuestra propuesta, llamaré al capitán Friedricksen. Creo que es tan bueno como él, ¿verdad, Kabé?

En mi vida había oído hablar del tal Friedricksen, pero comprendí al instante las intenciones de María.

Contesté:

—Por supuesto, princesa. El capitán Friedricksen…

Hizo efecto.

Lunner se volvió, disimulando su cólera.

Dijo:

—Hagan el favor de no compararme con ese mal aficionado. Hay cosas que le ofenden a uno más que si…

No encontraba un símil justo.

María me arrojó una picara mirada.

Comentó inocentemente:

—Pero si Kabé y yo no hacemos otra cosa que comentar las excelentes cualidades del capitán Friedricksen.

Lunner estalló:

—¡No vuelva a nombrar más en mi presencia a ese indeseable, princesa!

Ella sonrió.

—No sabía que estuviera usted ahí todavía, capitán Lunner —dijo ella con indiferencia—. De todas formas, si no le molesta, llamaré al capitán Friedricksen y…

—¡Está bien, está bien! —dijo Lunner exasperado—. Antes de ver a ese individuo en mi lugar, preferiría ir al fin del mundo. Pero me supongo que usted no pretenderá ir tan lejos, ¿no es así?

Se quedó mirándola fijamente.

María asintió, disimulando una sonrisa que quería aparecer en sus labios.

Dijo:

—Desde luego, capitán Lunner. Lo único que deseo es contratarle a usted, a su tripulación y a su nave, con el solo objeto de buscar a mi hermano, el rey Zhuwuddar de Fizeon.

Aquello interesó a Lunner, quien, a su pesar, dio dos pasos hacia la joven. Ésta continuó:

—El rey, mi hermano, ha desaparecido y tengo motivos suficientes para creer que ha sido secuestrado por Bellolion, canciller de Andegga.

CAPÍTULO II

A las últimas palabras de María sucedió un gran silencio. Durante unos instantes ella y el capitán permanecieron frente a frente, mirándose fijamente, sin dar muestra de vida, como si se hubieran convertido en sendas estatuas.

Al final, fue el propio Lunner el que rompió la tensión del momento al decir:

—¿Ha dicho usted que el canciller Bellolion de Andegga, princesa?

—Justamente, capitán.

Lunner se mordió los labios.

—Es evidente que le he dado ya mi palabra y no puedo negarme a ello, princesa. No obstante, tenga en cuenta que muy bien pudieran surgir dificultades con mi tripulación, parte de los cuales, si no todos,

se negarán en redondo a ir a Andegga.

—Fíjese usted mismo el importe del flete y de las primas, capitán Lunner —fue la helada pero firma respuesta de la joven—. Convenza usted a sus tripulantes con palabras y con dinero. Tengo abierta una cuenta ilimitada en el Banco…

Lunner meneó la cabeza.

—Respecto a eso, mi estimada princesa, las opiniones difieren. Ya he dicho que, personalmente, yo iré, puesto que jamás he violado la palabra dada, aunque no existiendo todavía ningún documento firmado, muy bien pudiera negarme, sin que usted tuviera derecho a reclamarme nada. Pero —Lunner levantó un poco la voz—, cuando se está seguro de perder la vida, no hay dinero suficiente para comprársela a uno, ¿me entiende usted?

—Nadie ha dicho que se vaya a morir por el solo hecho de ir a Andegga, capitán Lunner.

Éste encendió un cigarrillo con gesto negligente, expulsó el humo y luego dijo:

—No he estado nunca en ese planeta ni en ninguno de, los que componen su sistema, pero si he oído hablar de una cosa: nadie que fue allí regresó. Ni vivo ni muerto. Bellolion no quiere huéspedes, princesa.

—Pues a nosotros tendrá que aceptarnos, capitán. Por muy sanguinario que sea el canciller, no tendrá otro remedio que respetar mi vida y la de quienes componen mi séquito.

—¿Ha respetado la de su hermano, princesa? —retrucó Lunner.

Una marmórea palidez se extendió por el blanco rostro de María, la cual se llevó la mano a la garganta en un gesto puramente instintivo.

Lunner se echó a reír.

—No está segura de ello, ¿verdad? Los de Andegga no practican mucho que digamos la virtud de la hospitalidad. ¿Por qué raptaron a su hermano?

—Por… —María vaciló y luego dijo—: Eso no le importa a usted, capitán. Lo único que quiero es que ponga su nave a mi disposición.

—Ya está puesta, princesa. Lo único que tiene usted que hacer es señalar la fecha de partida.

María asintió.

—Muy bien, pues, capitán. Tenga todo listo para zarpar mañana a primera hora, al amanecer.

Lunner movió la cabeza afirmativamente.

—De acuerdo, princesa. Y ahora, si no le importa, podríamos ajustar un pequeño detalle que... —Lunner no terminó la frase, o mejor dicho, la concluyó con un gesto harto gráfico, consistente en frotar el pulgar y el índice de su mano derecha uno contra otro.

María le entendió bien pronto y, sentándose ante una mesa, extendió un cheque que luego entregó a Lunner. Éste miró complacido la cifra allí escrita y luego sonrió:

—Desde luego se ve que ustedes no pasan dificultades económicas. A las siete en punto de mañana, princesa.

Cuando el capitán Lunner se hubo ido, María volvió sus ojos hacia mí. Había, estado todo aquel tiempo en silencio, pero creí oportuno cesar en mi actitud.

—Acaso le parezca a usted indiscreto, princesa, pero sería muy útil para mis circuitos memorísticos el que usted me diera algunos detalles de Andegga y de su canciller Bellolion. Tenga en cuenta que voy a estar a su servicio y que mal puedo trabajar para usted si carezco de datos sobre los cuales operar en un momento oportuno.

Ella se pasó una mano por la frente, cuya ardiente temperatura captaron mis sensibles termostatos. Encendió un cigarrillo y acto seguido, con los brazos cruzados, empezó a pasearse por la estancia.

—Fizeon y Andegga han sido siempre dos sistemas que, pese a la distancia que existente entre ellos, han sido siempre rivales. Nosotros les hemos sido siempre superiores en todas las ramas del saber humano y, por consiguiente, nuestra civilización se ha elevado siempre muchos codos por encima del nivel de la suya.

»Esto no hubiera tenido la menor importancia, pues tal rivalidad no hubiera pasado de ser una cosa tan frecuente como la que ocurre entre muchos otros sistemas planetarios de nuestra Galaxia, rivalidades cuyo origen no se puede precisar y que siguen subsistiendo a través de los

tiempos, hasta que o estalla una guerra que lo destruya todo, o dicha enemistad desaparece.

»Pero en nuestro caso, no hay indicios de que dicha rivalidad vaya a esfumarse: antes bien, la cosa podrá degenerar en un conflicto que pudiera destruir ambos sistemas del mapa galáctico, cosa que ellos han provocado con el secuestro de Zhuwuddar y que yo trato de evitar a toda costa, liberándolo de la cautividad a que lo ha sometido Bellolion.

—Perfectamente —dije—, pero he de suponer que ese secuestro no ha sido cometido de modo arbitrario. Si un país quiere lanzarse a la guerra contra otro, hay mil medios de provocarla, que no sean precisamente raptar a los gobernantes del país a quien se quiere atacar, ¿no es eso?

María me miró a través de las nubes de humo de su cigarrillo.

—Me parece que ignoras la cualidad más saliente de los habitantes de Andegga. Kabé.

—¿Acaso no tienen figura humana? Hay muchos pueblos de la Galaxia cuyos habitantes son tan inteligentes o más que nosotros, pero cuya forma física inspira a veces verdadero horror a los humanos.

—Por este lado podemos estar tranquilos, Kabé: los de Andegga son iguales que tú y yo. Lo único que tienen extraño es su epidermis. Es de oro.

Las últimas palabras de María impactaron tan fuertemente sobre mis circuitos que tuve que refrigerarme a toda prisa, temiendo algún desaguisado en las válvulas.

—¿Hombres… de oro? —exclamé, atónito.

—Justamente, Kabé, Por extraño que pueda parecerte, así es. Naturalmente, sólo el exterior, o sea la epidermis. Un andeggiano quieto es una estatua de oro purísimo, en apariencia.

—Jamás he oído cosa tan extraña como ésta, princesa —confesé lealmente.

—Es su epidermis, Kabé, la que les hace tener tan extraña apariencia.

—Pero eso se deberá a algún pigmento peculiar de todos los seres nacidos en tal sistema, ¿no?

—En cierto modo, sí; pero aun cuando uno, después de haber visto a un andeggiano, piense que es una tintura propia de su constitución morfológica como, por ejemplo, aquí en la Tierra, los seres de raza negra, los exámenes químicos indican que, efectivamente, el oro entra en una grandísima proporción en la composición de su epidermis.

Solté una risita de conejo.

—¡Espacio! —exclamé—. Los andeggianos deberían estar muy contentos de ser de oro. Este es un metal que, por mucho que se diga, siempre tiene y tendrá su valor.

—No para ellos, Kabé. Los andeggianos quieren ser humanos y adquirir un aspecto completamente normal. Por eso secuestraron a mi hermano.

—No lo entiendo —confesé.

—En Fizeon se descubrió un procedimiento químico para disolver el oro que constituye la mayor parte de la epidermis de los andeggianos, concediéndole un aspecto completamente normal. Y el canciller Bellolion no encontró mejor medio que secuestrar a mi hermano para obligarle a entregar el secreto de dicho procedimiento.

—Está mal el procedimiento que ha empleado Bellolion, pero a mí me parece que cuando un sabio hace un descubrimiento que beneficia a la humanidad no debe guardárselo para él, sino hacerlo público, a fin de que todo el mundo pueda aprovecharse.

—Es cierto, Kabé —replicó María—. Y Zhuwuddar hubiera ayudado a Bellolion sin...

María se interrumpió súbitamente, en tanto que sus mejillas se coloreaban vivamente.

—Siga, siga, no se interrumpa —dije.

Ella aspiró fuertemente el humo.

—Bellolion quiere casarse conmigo, Kabé.

—Y usted no le ama.

—Justamente. Pero aun esto sería lo de menos, siempre que nuestro matrimonio garantizase un estado de paz entre ambos sistemas. Ahora bien, lo que yo no quiero es casarme... y... y... tener hijos con la piel

de oro —dijo María, atropellando las últimas palabras.

—Pero siempre queda ese procedimiento para devolverles el aspecto humano, princesa —argüí.

Ella sacudió la cabeza.

—No es del todo seguro, Kabé. Hay una proporción muy elevada de éxitos, pero también, como en todo medicamento, queda siempre un tanto por ciento rebelde a todo tratamiento. Cuestión de la constitución interna de un cuerpo humano, ¿me comprendes? Algunos andeggianos tendrán que seguir siempre con su epidermis de oro… y la verdad, a mí no me gustaría casarme y que dicha medicación fracasara en algunos de mis hijos. Como Bellolion lo sabe, secuestró a mi hermano. De este modo, teniendo en sus manos a Zhuwuddar tiene, o se lo cree tener al menos, conseguidas ambas cosas: el procedimiento para hacer desaparecer de su epidermis el oro… y a mí.

—En cuanto a usted, me parece lógico que no quiera casarse con Bellolion —repuse—. Ahora bien, lo otro, el medicamento ese… ¿por qué no establecer un arreglo y suministrárselo a un buen precio?

—Lo hubiéramos hecho y ya se estaban entablando las oportunas negociaciones, cuando Bellolion impuso como condición nuestro matrimonio.

—Pero son ellos los que piden, no ustedes —exclamé—. Ellos son quienes les necesitan a ustedes. Esa conducta es absurda, incongruente.

—No lo es tanto, Kabé, si se piensa que así pueden obligarnos a cederles completamente gratis la fórmula del medicamento, de la cual nosotros esperábamos obtener un buen provecho…

—Todo el oro que ellos no quieren —reí, pero María no hizo el menor caso de mi interrupción y continuó:

—…y además confían en obligar a mi hermano a acceder a mi matrimonio con Bellolion, o acaso mejor, que yo consienta en casarme con el canciller, y así dar fin a la prisión que sufre Zhuwuddar.

—¿Y desde Fizeon, a quinientos años luz de distancia, se ha desplazado usted sólo para buscar al capitán Lunner? —pregunté, pues era algo en lo que no había reparado desde entonces.

—Oh, no, Kabé; lo que ocurrió es que la cosa me sorprendió

hallándome yo en la Tierra pasando una temporada de vacaciones. Me lo comunicó el embajador de mi sistema, y yo misma he decidido hacer personalmente cuantos esfuerzos sean precisos para rescatar a mi hermano. Una vez que Zhuwuddar haya sido liberado de las garras del canciller, seremos nosotros quienes impongamos las condiciones… ¡o de lo contrario, que sigan con su piel de oro! —concluyó enérgicamente la joven.

—De todas formas —murmuré—, no acabo de entender bien por qué los andeggianos tienen tanto empeño en desprenderse de su epidermis. Hay muchas razas en la Galaxia, sin contar las terrestres, cuya epidermis tienen los más diversos colores. Y no quiero hablar tan siquiera de aquellos seres con inteligencia, que no tienen figura humana; entonces no acabaríamos nunca. ¿Es que les molesta que los vean de esta forma?

—No —contestó María—; en realidad, se les da un ardite del color de su epidermis. Es el oro que hay en ella lo que les molesta.

—No acabo de entenderlo —contesté, desconcertado, poniendo en funcionamiento mi memoria, a fin de averiguar las posibles causas de aquel empeño andeggiano.

—Pues es bien sencillo de adivinar, Kabé —me dijo la princesa—Como no ignoras, el oro es mejor conductor de la electricidad aún que el cobre. Naturalmente, al tener la epidermis saturada de aquel metal, las molestias que tienen que soportar el canciller y sus súbditos son infinitas, y basta una corriente de ínfimo voltaje para electrocutar a un hombre de piel de oro, mientras que a uno de nosotros esa misma corriente apenas si le produciría un leve cosquilleo. Figúrate tú ahora lo que debe pasar en Andegga, un planeta de tipo terrestre, cuando estalla una tormenta. La atmósfera se satura de electricidad y…

De haber sido un humano, me hubiera estremecido de horror al solo pensamiento de lo que padecían los andeggianos en tales circunstancias; pero esto no legalizaba que recurriesen a procedimientos violentos para conseguir unos anhelos, por otra parte muy justificados.

No obstante, aún me quedaba un punto por aclarar. Si, durante la empresa que María iba a acometer para rescatar a su hermano, yo tenía que ser su consejero, era lógico que estuviera enterado de todo cuanto pudiera contribuir al mejor éxito de la misma. En consecuencia, pues, pregunté:

—Dígame, princesa: antes oí mencionar que nadie, con figura y constitución humanas, naturalmente, que llegó a Andegga, volvió a regresar jamás. ¿Sabe usted las causas?

—Tienen una explicación bien sencilla. Los científicos de Andegga necesitan a toda costa hacer experimentos para ver si ellos mismos consiguen la fórmula que haga desaparecer el oro de sus epidermis.

—Cobayas humanos, ¿eh?

—Así es, Kabé —repuso María—. Utilizan a todo humano que cae en sus manos para experimentar en él.

—¿Y los matan?

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—No lo sé. Hasta ahora...

En aquel momento sonó el zumbador de la puerta, interrumpiéndola bruscamente.

María y yo nos miramos. Al fin, la princesa me indicó la puerta con un breve movimiento de cabeza y fui hacia ella.

Por mi condición robótica estoy exento de toda clase de sorpresas, pero no pude evitar que en aquellos momentos mis circuitos sufriesen una repentina elevación de voltaje, que pude atajar rápidamente mediante una desesperada llamada al regulador automático de corriente.

Prometiéndome hacer examinar dicho control en la fábrica, en la primera ocasión que se me presentara, me eché a un lado, dejando pasar al visitante, cuyo aspecto era exactamente el de una estatua viviente de oro.

Salvo los ojos y un poco de labios, toda la epidermis de aquel individuo, de correcta vestimenta; parecía ser de metal, brillando intensamente a la luz de las lámparas que alumbraban la estancia en que nos hallábamos la princesa María y yo. Su piel brillaba como metal bruñido y era preciso recordar que nos hallábamos en presencia de un humano para no caer en la extrañeza de ver moverse una figura que parecía fundida en el más precioso de los metales.

Con fácil paso el recién llegado avanzó hacia la joven, deteniéndose a un par de metros de distancia de ella. Se inclinó profundamente y

luego exclamó:

—¿Tengo el honor de dirigirme a la Muy Noble y Magnifica Princesa María de Fizeon?

Ella tardó unos segundos en contestar, muy entretenida en estudiar el aspecto del recién llegado.

—Sí —contestó al cabo, y yo me di cuenta de que trataba de disimular la agitación que la había asaltado al hallarse en presencia de un hombre de oro—. Sí, soy la misma que usted ha dicho.

—Gracias, princesa —contestó el otro—. Entonces me permitiréis os entregue un mensaje que envía directamente para vos el canciller de nuestro sistema, el Honorable Bellolion.

María soltó una áspera carcajada.

—Me parece que vuestro canciller tiene de honorable lo que yo de serpiente de mar —dijo—. De todas formas, sepamos lo que ese granuja tiene que decirme.

—Es muy corto y muy breve, princesa —dijo el individuo, sin inmutarse—. Se trata simplemente de que el canciller se ha enterado de que vais a emprender una expedición para el rescate de vuestro hermano Zhuwuddar y os ruega suspendáis todos los preparativos, en evitación de causar al rey de Fizeon determinados perjuicios físicos, que el propio canciller es el primer interesado en tratar de soslayar.

El rostro de María enrojeció violentamente.

—¡Es inaudito! —exclamó—. Sabía que los de Andegga eran audaces, pero nunca les creí desvergonzados, y menos hasta el punto de amenazarme con matar a mi hermano. Está bien, señor mensajero; puede usted contestar a su deshonorable canciller que nada ni nadie me impedirá poner en práctica los medios para devolver a mi hermano al sitio que le pertenece. Y puede añadirle, además, que si cayera un solo cabello del rey Zhuwuddar, sin permiso de éste, arrasaría vuestro planeta, extinguiendo de él todo signo de vida. Que recuerde Bellolion las armas de que disponemos y, pensando en ellas, recapacite acerca de la conveniencia de devolver a mi hermano sano y salvo. Nada más.

El andeggiano no hizo la menor objeción. Volvió a inclinarse y murmuró:

—Transmitiré al canciller vuestras palabras, princesa. Con vuestro permiso…

Cuando nos hubimos quedado solos en la habitación, María permaneció largo rato en silencio, meditando intensamente. Después alzó la vista y fijó en los míos sus bellísimos ojos.

—Hemos de prepararlo todo para la marcha, Kabé.

—Sí, princesa; al instante.

CAPÍTULO III

Salimos al día siguiente a la «hora prefijada», con toda exactitud.

El navío estelar del capitán Lunner era un aparato dotado de los últimos adelantos y de las más refinadas comodidades.

Ya habían pasado los tiempos viejos de la astronáutica, en que viajar por el espacio, además de un riesgo enorme, suponía una serie de molestias y trastornos que solos los humanos jóvenes y robustos estaban en condiciones de soportar. Viajar por el espacio es ahora, salvo contingencias inesperadas, que muy pocas veces se producen, una cosa tan desprovista de interés y tan llena de rutina como en otros tiempos el hacerlo en ferrocarril o en avión. Adquiere un billete para tal o cual planeta, ocupa su cámara en la astronave y el tiempo que se invierte en el viaje se suele matar mediante toda clase de juegos de sociedad y proyección de «films» en las pantallas individuales. El único problema que existe a bordo de una nave es el aburrimiento, y para combatirlo se recurre a toda clase de ingeniosos procedimientos.

Sin embargo, en nuestro caso, mejor dicho, en el de la princesa María, la cosa iba a ser muy distinta, puesto que, sin contarme a mí, ella sería la única pasajera del imponente navío estelar que, girando impertérrito acolado a la estación del espacio, nos a guardaba allá arriba, a mil setecientos kilómetros de altura sobre la superficie del planeta. Por estrictas razones de economía, no se había abandonado del todo el viejo sistema de las estaciones del espacio y su enlace con la Tierra por medio de los cohetes lanzadera, uno de los cuales nos llevó hasta la «Richelieu»; que tal era el nombre de la nave del capitán

Sandy Lunner.

Lunner en persona nos aguardaba al otro lado de la esclusa de acceso a su nave. Inclinó levemente la cabeza al ver a María y, después de los primeros saludos, dijo:

—Todo está listo, princesa. Podemos partir cuando usted quiera.

—Lo dejo en sus manos, capitán —contestó ella, apartándose a un lado para que un tripulante pasara con su equipaje.

Lunner asintió.

—Gracias, princesa. No obstante, antes de partir, quisiera presentarle a la dotación de mi nave.

María no opuso ninguna objeción a las pretensiones de Lunner y éste, desde allí mismo, oprimió el botón de un intercomunicador. Una lucecita parpadeó encima de un micrófono, al cual acercó Lunner sus labios.

—¡Atención todo el mundo! Reúnanse en la cámara central de la nave. De prisa, por favor.

Lunner cortó la comunicación y luego se echó a un lado.

—Por aquí, princesa.

María echó a andar, al lado de Lunner, y esto me hizo observar la magnífica pareja que hacían ambos. Lunner era de elevada estatura y cualquiera otra mujer, a su lado, hubiera parecido pequeña, pero aparte de que María no lo era, la majestuosidad de su porte y la forma de caminar, la hacían parecer aún más alta de lo que en realidad era.

Cuando llegamos a la cámara central de la nave, vimos allí una docena de hombres, formados en una fila; lo que me dio idea de la disciplina que, el capitán sabía imponer a sus tripulantes. Todos vestían uniformes de faena, limpios y bien cuidados, ofrecían un aspecto excelente. He visto en más de una ocasión las dotaciones de las espacionaves mercantes, que se dedican al transporte por su cuenta, como «tramps» estelares, y casi todas me han parecido tripulaciones de barcos piratas, capaces de degollar a sus pasajeros en la primera ocasión que se les presentase.

Pero los hombres que componían la tripulación de la «Richelieu» tenían todos un excelente aspecto y, al menos a primera vista,

parecían inteligentes, además de eficientes y conocedores de su oficio. Lunner había creído protocolario presentárselos a María y así lo hizo, en un ambiente de absoluta seriedad.

—Erwin von Beckman, mi segundo —empezó a decir, y María estrechó la mano del alemán, delgado y de cabellos pajizos. Lunner prosiguió—: Joao Almeida, navegante y tercer oficial. Totó Pierremarie, jefe de máquinas…

Al terminar, María volvió sus ojos hacia Lunner.

—Capitán, ¿están enterados sus hombres de la empresa que vamos a acometer?

Lunner asintió. Ella, entonces, se dirigió a los tripulantes.

—Vamos a Andegga —dijo con voz clara y sin titubeos—. No sabemos el tiempo que emplearemos en el viaje, ni tampoco los peligros a que habremos de hacer frente. Sin embargo, he elegido al capitán Lunner porque sé que es valiente, audaz e inteligente, y un hombre de sus cualidades sólo puede estar rodeado de hombres que sean iguales o casi iguales a él. Es decir, que desde aquí les reconozco ya a todos las mismas cualidades de valor, audacia e inteligencia que al capitán. La empresa es dura y difícil, pero si obramos con habilidad y astucia, podremos culminarla favorablemente. No me gustan las palabras vanas y por ello doy por terminado este breve discurso con algo que espero les agrade más aún que cuantos elogios les he tributado por anticipado. Capitán Lunner, haga saber a sus hombres que, a partir de esta fecha, todos sus sueldos y primas quedan doblados automáticamente.

Hubo un instante de inevitable silencio, después del cual uno de los tripulantes, un individuo bajo, fornido, de agradable aspecto, llamado Méndez, se destacó un paso y gritó:

—¡Camaradas, tres hurras en honor de la princesa María!

El estruendo de los gritos atronó la cámara durante unos momentos. Mientras, fijé mis células visuales con toda atención en la princesa, sin que por un momento pudiera ver el menor síntoma de emoción. Cuando quería, sabía ser fría como un témpano, ¡hombres!

Una vez calmadas las manifestaciones de entusiasmo, María se volvió hacia Lunner.

Preguntó:

—Capitán, ¿quiere acompañarme hasta mi cámara?

Seguí a la pareja y a la puerta de la cámara, Lunner se despidió, con el pretexto, cierto por otra parte, de que tenía que dirigir la maniobra de desatraque. Ella y yo nos quedamos solos, una vez hube cerrado la puerta a mis espaldas.

Mientras la «Richelieu» despegaba suavemente de la estación orbital, maniobra a la que ninguno de los dos prestamos la menor atención, María y yo discutimos un rato. Ella, por supuesto, fue la que inició el diálogo; no hay que olvidar un momento que soy un robot y que debo, por regla general, esperar a que me hablen para hablar a mi vez.

—Kabé —dijo María expulsando lentamente el humo de su cigarrillo —, ¿qué opinas de la tripulación de la nave?

—Una pregunta de difícil respuesta, princesa —contesté.

Ella me miró de una manera singular, a través de sus largas pestañas.

—Kabé, no trates de engañarme. Conozco lo suficiente de robótica para saber que las máquinas como tú tenéis lo que se llama una memoria fotográfica, porque, en realidad, fotografiáis todo cuanto veis. Las imágenes de los tripulantes han quedado grabadas en tus circuitos memorísticos de un modo indeleble, así como sus nombres.

—Tiene usted razón, princesa; pero ha olvidado una cosa muy esencial.

—¿Qué es?

—El cerebro. El mío no es humano

—¿Y qué tiene que ver eso…?

—Muy sencillo. Dígase lo que se diga, el corazón no es más que un órgano destinado a bombear la sangre a través del organismo humano. Es, pues, en el cerebro donde se refugian esos sentimientos que se llaman instinto y que nos hace apreciar o detestar a una persona sólo con haberla visto una vez. Por lo tanto, lo único que puedo decirle es que, por ahora, todos tienen buen aspecto y…

—¡A otro can con ese hueso, Kabé! —dijo ella desdeñosamente—. Conozco tu historia de punta a rabo y sé que no hay otro robot que haya tenido tantos contactos como tú con los humanos. Pearce-Mills me aseguró que incluso tenías reacciones sentimentales típicamente

humanas.

—El presidente de la Internacional tiene mucha afición a exagerar —contesté, eludiendo el tema.

—No te hagas de nuevas, Kabé —me dijo María—. Tienes obligación de darme una respuesta concreta y, tú lo sabes bien, no puedes negarte a ello.

Conecté el circuito de la resignación.

—Está bien —murmuré—. Luego no se queje, ¿eh? Mire, a mí todos me han parecido bien, en principio. De todas formas, convendría estudiar el comportamiento del tercer oficial Almeida y de uno de los tripulantes, llamado Glennon. Recuérdelo; tiene un párpado perezoso, es alto y delgado, y parece tener el carácter en consonancia con su párpado.

—Ya lo recuerdo —meditó ella—. ¿Y esto sólo te hace sospechar de él?

Moví los finos tensores que provocaban la sonrisa en mis labios de plástico y dije:

—Hablo como un humano; es decir, guiándome por las corazonadas. Si luego fallo, no me venga usted,..

María hizo un gesto de impaciencia.

—Está bien; no sigas, Kabé. ¿Qué tienes que decir del tercer oficial?

—Que tiene unos ojos demasiado inquietos y un labio leporino que no me agradan nada. Su apariencia es la típica del humano inquieto, lleno de rencillas y envidioso desde su nacimiento. Estos individuos suelen dar muy mal resultado luego cuando se hacen mayorcitos, ¿comprende?

María asintió.

—Sí, parece ser que tienes razón, Kabé. Muy bien —añadió—; trataremos de fijarnos sobre todo en esta pareja. Si tú ves en cualquiera de los dos algo raro o que te llame la atención, no dejes de comunicármelo.

—Si se me permite la observación, diría que usted sospecha que este viaje no va a ser todo lo plácido que podríamos desear —objeté.

—En las condiciones actuales, es lo menos que puedo hacer: estar a la expectativa de todo y de todos, sin confiarme en nadie, Kabé.

—¿Opina usted que el canciller Bellolion está usando con nosotros la táctica del caballo de Troya?

—¿Por qué no? Bellolion es astuto y no tiene un pelo de tonto, Kabé. Ya viste cómo nos envió a su emisario y el mensaje que éste nos transmitió. Si Bellolion está enterado de que no pienso desistir de mis propósitos, lo lógico es que trate de estorbarlos, ¿no?

—En su lugar, yo obraría así, princesa —contesté.

* * *

Cuando llegamos a la Luna, pedimos permiso para detenernos allí, antes de emprender el salto a las estrellas. Las estaciones de tránsito interestelar, por razones fáciles de comprender, estaban instaladas en el satélite y era de aquí desde donde se efectuaban las primeras transiciones subespaciales que, aprovechando las distorsiones del campo espacio temporal, permitían recorrer inmensas distancias en tiempos excepcionalmente breves.

Una vez se nos hubo concedido tal permiso, y mientras aguardábamos nuestro turno, María hizo venir al capitán Lunner a su cámara.

El mencionado no se hizo de rogar. Ella le hizo sentarse frente a sí y luego preguntó:

—Capitán, ¿qué plan tiene usted para llegar a Andegga?

Lunner meditó un momento.

—El jefe de máquinas está disponiendo todo para que el primer salto nos lleve a las inmediaciones de Arturo, a treinta y ocho años luz. Desde aquí...

La princesa le interrumpió con un seco gesto de su mano.

—Lo siento, capitán; pero habrá de preparar las cosas de modo que vayamos antes que nada a Achernar.

—¿Eh? ¿Qué está diciendo? —exclamó Lunner, atónito.

—Ya lo ha oído usted —replicó ella fríamente —. Haga lo que le digo.

Lunner apretó los labios.

—Escuche usted, princesa. A bordo de mi nave mando yo, ¿se entera? Usted me ha contratado a mí para que la lleve a Andegga, a ciento ochenta años luz de distancia, en la constelación de la Virgen, pero el modo con que se ha de efectuar el viaje lo he de disponer yo. Quiero que comprenda esto de una vez para siempre, princesa. Puede ordenarme que la lleve al fin de la Galaxia y lo haré; pero nadie tiene que indicarme los medios que utilizaré, ¿me comprende?

El rostro de María adquirió de repente un tono púrpura.

—Me parece que se está excediendo en sus atribuciones, capitán. Haga lo que le he dicho.

Lunner se puso en pie.

—No. Y si no le satisface mi manera de hacer las cosas, aún está a tiempo. No hemos salido todavía de la Luna, ¿comprende?

—¡Haga lo que le dije, capitán! —gritó María, perdiendo por una vez su frialdad, habitual.

Desde la puerta, Lunner la miró con perfecta tranquilidad.

—Quedan diez minutos escasos para nuestra partida, princesa. Este es el tiempo que le concedo para que medite las cosas. De aquí a Arturo... o a la Tierra.

La puerta de la cámara chasqueó fuertemente cuando Lunner la cerró de golpe. María extendió la mano para llamarle, pero detuvo el gesto rápidamente, avergonzada, al parecer, de aquel instante de debilidad.

Durante unos momentos, evitó mirarme. Sin duda estaba muy fastidiada al ver que, por primera vez en su vida, cosa que se desprendía fácilmente de su modo de actuar y de hablar, era contradecida.

Antes de que me dirigiese la palabra, me compadecí de ella.

—Bueno —exclamé con voluble acento—, si me lo permite, irá yo a ver qué se puede hacer en su favor, princesa.

Vi claramente en sus ojos que se moría de ganas de prohibirme el paso que iba a dar, pero, al parecer, estaba verdaderamente interesada en ir

a Acharnar, en Eridano, y no me dijo nada.

Cuando alcancé a Lunner estaba ya en la cámara de derrota, estudiando los diversos instrumentos de a bordo, en tanto que, a su lado, el tripulante de guardia esperaba las órdenes pertinentes para iniciar el viaje.

Lunner me arrojó una mirada indiferente por encima del hombro.

—¿Qué te trae por aquí, saco de transistores?

Me froté el plástico de mi mandíbula,

—Verá, capitán —dije—. Como usted sabe, yo soy un robot, de modo que no puedo intervenir en las disputas de los humanos. No obstante, me agradaría que complaciera a la princesa y se dirigiera primeramente a Achernar.

—No —laconizó el hombre.

—¿Sería para usted causa de graves trastornos dar una explicación de su negativa, capitán? —exclamé.

—Ya lo he dicho antes y no tengo ganas de más aclaraciones. O a Arturo o a la Tierra; eso es todo.

—Sí que es usted testarudo, capitán. ¿Qué más le da a usted...?

Lunner me arrojó una furiosa mirada, al mismo tiempo que sus manos oprimían fuertemente las palancas de control que tenía en ellas.

—Kabé, maldito robot, si algo hay que me moleste es ser interrogado por una máquina, ¿me comprendes?

—Le advierto a usted, capitán, que soy una máquina. Los insultos me dejan indiferente.

—Entonces tendré que recurrir a medios más expeditivos. ¡Gobbie!

El tripulante se puso en pie.

—Diga, señor.

—Busca la mejor llave inglesa que haya por ahí, y rómpele un par de circuitos a este entrometido.

—Sí, señor —dijo Gobbie, disponiéndose a cumplir lo que le

ordenaban,

—¡Eh, alto! ¡Un momento! —exclamé, batiéndome en retirada—. ¡Usted no puede hacerme eso, capitán!

Lunner soltó una risita plena de sarcasmo.

—¿Que no? ¡Gobbie, dame la llave! Quiero ahorrarte yo mismo un trabajo que ejecutaré con la mayor alegría del mundo.

—Está bien, capitán —dije—; si usted se lo toma así. Encima de que vine a ayudarle, todavía me da ese trato. Me lo tengo bien merecido, por meterse donde no me llaman.

Y al acabar de hablar, me dirigí hacia la puerta de la cámara.

Pero antes de llegar allí, Lunner me detuvo al gritar:

—¡Espera! Kabé, ¿qué diablos has querido decir con eso de que tratabas de ayudarme? Sería la primera vez que yo...

Me acerqué de nuevo.

—Oh, capitán; la cosa no tiene realmente ninguna importancia. Pero debiera usted considerar que la princesa es más lista de lo que parece.

—¿Y bien?

—Pues que, ayer, después de haberle contratado a usted, vino un tipo a verla y...

Me interrumpí, cortando en seco mi frase.

—¡Kabé! —gritó Lunner—. ¿Se te ha roto el circuito del habla?

—Oh, no, no es eso, capitán —dije, tratando de aparentar tranquilidad, aunque bien sabe Dios que en aquellos momentos tenía los circuitos a punto de fundirse.

La cosa no era para menos, puesto que, cuando Gobbie recogía la llave que le devolvía Lunner, había alargado la mano para tomarla en ella. Y entonces, mis sensitivas células visuales habían captado una imagen sorprendente en extremo.

Al alargar el brazo, la manga derecha de Gobbie se había quedado un poco corta, dejando al descubierto parte de la carne del antebrazo, cosa normal y lógica en un gesto como aquel en un humano

cualquiera. Pero Gobbie tenía la epidermis, a partir de la muñeca, completamente de oro.

Cómo había conseguido eliminar aquel precioso metal de su rostro y de sus manos, era algo que, de momento, hube de renunciar a averiguar, porque, en aquel preciso momento, la torre de mando del tránsito interestelar nos dio permiso para efectuar el salto rumbo a Arturo, estrella Alfa de la constelación del Boyero.

CAPÍTULO IV

Las constelaciones ofrecen un aspecto muy distinto según el lugar desde donde se las contempla. Es el mismo efecto del espectador que está en la primera fila de butacas con respecto al que se encuentra en la última fila del piso superior. Éste tiene una visión completa del escenario en todo su conjunto, en tanto que el primero ve a los personajes y la decoración de manera mucho más detallada.

Lo mismo nos ocurría a nosotros al hallarnos en el centro del Boyero. Habíamos surgido en las inmediaciones de Arturo, a la distancia suficiente para que los rayos de éste no nos abrasaran, y era realmente un espectáculo fascinador poder contemplar, siquiera fuera a través de1 unos cristales negros, aquel enorme astro, cuyo diámetro es treinta y siete veces mayor que el del Sol y que posee una luminosidad cien veces superior a la de éste. En torno nuestro, se hallaban las estrellas más grandes de la constelación, cuatro de primera magnitud, Alfa, Beta, Gamma y Pi y otra de segunda, Épsilon, rodeados por centenares de astros de magnitudes inferiores, que constituían uno de los espectáculos más estupendos que pueden ser contemplados por pupilas humanas y aun robóticas como las mías.

Después de haber salido del subespacio, retornando a nuestro habitual y corriente espacio de tres dimensiones, era preciso navegar algún tiempo a velocidades planetarias, antes de dar el siguiente salto que nos acercase a la constelación de la Virgen. Naturalmente, una de las cosas que primero hice, fue informar a la princesa María de lo que había visto segundos antes de partir de la Luna.

María no perdió el tiempo y unos momentos más tarde, el capitán Lunner penetraba en su cámara, con una expresión displicente que

decía bien a las claras lo que de él podía esperarse. Y, por su parte, la joven fue rectamente al asunto, sin entretenerse en rodeos inútiles.

—Capitán—-dijo con tono firme—, tenemos a bordo un espía de Bellolion.

—¿Está usted segura de ello, princesa? —contestó Lunner sin inmutarse.

—Por completo, capitán. Y sé además su nombre.

Lunner se rascó una mejilla con un gesto positivamente irónico.

—Me extraña —replicó—. Hasta ahora, jamás vi que ninguno de mis hombres tuviera la epidermis de oro.

—Pues hay uno que la tiene, capitán. Exijo sea arrestado ese hombre y puesto bajo vigilancia, a fin de que no pueda causarnos daño alguno. Y no me diga ahora que usted es el único que manda a bordo de la «Richelieu». Su contrato está redactado de modo que me lleve a Andegga sin contratiempos, o al menos, que no puedan surgir de dentro de la nave.

Lunner extendió ambas manos cómo para detener el rocíon que le dirigía la joven.

—Está bien, está bien; reconozco que así debe ser y, en tanto de mí dependa, trataré de evitar esos contratiempos a que usted alude. Por favor, ¿quiere decirme el nombre de ese espía?

—Gobbie, capitán.

—¿Gob...? —Lunner se interrumpió, echándose a reír—. Por favor, princesa; conozco a ese hombre desde hace seis o siete años al menos y jamás le vi encima otro oro que no fuera el de la pulsera de su reloj.

—Está tratando de engañarme, capitán. ¿Voy a tener que pensar que usted también está a sueldo del canciller?

La expresión del rostro de Lunner se endureció.

—Hay una cosa que me contiene y no es precisamente su rango, princesa, sino su sexo. Voy a demostrarle que está necesitando una revisión a fondo de su aparato digestivo.

—¿Eh? —exclamó ella, aturdida por aquella frase, llena de una aparente incongruencia.

Lunner sonrió sarcásticamente.

—Sí, princesa. Cuando la comida no se digiere bien se producen pesadillas, ¿sabe usted?

María enrojeció vivísimamente y se puso en pie, pero Lunner ya le había vuelto la espalda y estaba llamando a través del interfono.

—Capitán Lunner a Gobbie —dijo, habiendo conectado el aparato a la red general de altavoces—. Preséntese inmediatamente en la cámara de la princesa María.

Después, Lunner se volvió, con una vaga sonrisa flotándole en los labios, mientras encendía un cigarrillo con aire negligente.

No tardó mucho en oírse el sonido de unos nudillos que golpeaban contra la puerta por el lado de afuera. María dio el permiso y un sorprendido tripulante penetró en la cámara.

—A la orden, capitán —dije Gobbie, un individuo de aspecto tranquilo, cuyo apellido, estoy seguro, lo mismo podía ser Smith que García.

—Quítate la camisa, Gobbie —dijo Lunner secamente.

El tripulante respingó, sobresaltado.

—¿Cómo ha dicho, capitán?

—¿Tengo que repetir dos veces las cosas para que sea obedecido? ¡Fuera esa camisa, Gobbie!

El hombre se puso colorado, vaciló y, al fin, tiró hacia abajo del cierre relámpago de la camisa, despojándose de la prenda y quedando con el torso al descubierto.

Con una sonrisa de superioridad, Lunner aplastó su cigarrillo contra el cenicero, al mismo tiempo que decía:

—Si usted lo desea, princesa, podemos hacer alto en la capital de Arturo. Conozco allí a un buen especialista en dietética, quien, sin duda, le señalará un régimen adecuado para corregir esos trastornos de su aparato digestivo yo…

—¡Deje en paz a mi aparato digestivo, capitán! No he tenido ninguna pesadilla, y ese hombre, sea lo que sea, es un andeggiano. Ignoro el medio que ha tenido para quitarse el oro de su epidermis…

—Gobbie, lárgate —dijo Lunner, y el tripulante, poniéndose apresuradamente la camisa, huyó de allí, corrido de vergüenza.

—Princesa—dijo el capitán con tono duro—, ignoro quién le ha contado a usted esa fábula. Le voy a dar un consejo para lo sucesivo: deje que lleve la nave a mi gusto o, de lo contrario, le prometo que a la primera tontería que cometa la devuelvo a la Tierra sin más, ¿me ha entendido?

Y antes de que ella pudiera hablar, Lunner se esfumó de la cámara, dejando que yo me las entendiera con María.

Cuando nos quedamos solos, la joven me miró furiosamente.

—Kabé, ¿eres una máquina perfecta o un montón de chatarra y plástico?

Antes de contestar hice una apelación a mis circuitos mnemotécnicos. El brazo de Gobbie volvió a quedar ante mis cédulas visuales en la misma forma en que lo viera cuando advertí el oro en su epidermis y pude convencerme de que, en efecto, no tenía ningún control averiado o fuera de registro.

—Le vi claramente la epidermis recubierta de oro, princesa —dije con acento seguro—. No sé qué truco habrá empleado Gobbie para hacerlo desaparecer de su piel en tan poco tiempo, pero sea lo que sea, el oro que vi no era el de la pulsera de su reloj.

María se mordió los labios.

—Tú tienes razón y el capitán Lunner también la tiene. En apariencia, claro, porque uno de los dos me está engañando.

—No me mire a mí, pues ya sabe que ningún robot puede mentir.

—Todos menos un trapacero que se llama Kabé.

—En este caso dije la verdad —repuse—. ¿Por qué iba a engañarla?

María se pasó una mano por la frente.

—Es cierto. ¿Por qué tenías que hacerlo? Y, sin embargo, la cosa está bien clara; la epidermis de Gobbie es la de una persona completamente normal y humana.

—Le hacen falta unas cuantas sesiones de lámpara solar para tostársela —dije, y por el momento, todo comentario sobre el asunto

quedó en suspenso.

Durante casi una semana estuvimos volando por el espacio a velocidades planetarias, buscando el punto más adecuado para dar el próximo salto subespacial, que nos permitiera ganar terreno rápidamente. La vida a bordo era completamente rutinaria y no ocurrió ningún otro incidente que alterara la monotonía de nuestro viaje.

Sin embargo, yo calenté muchas veces mis circuitos pensando en que mis células visoras no me habían engañado. Por lo menos aquel trozo de la epidermis de Gobbie era o había sido de oro, y a mí no podía decirme Lunner que se trataba de la pulsera de su reloj. Conozco a humanos que así lo hacen, pero la inmensa mayoría llevan el reloj en la muñeca izquierda, y la que yo había visto dorada era la derecha. ¿Qué misterioso medio, qué, acaso, diabólico procedimiento había empleado Gobbie para desteñirse la piel en tan pocas horas?

Incapaz de resolver por mí mismo el problema, hube de recurrir a la experiencia humana en casos como éste: dejar transcurrir el tiempo, el mejor remedio para solucionar toda clase de embrollos, ya que, además, no veía el modo de averiguar lo que tanto me interesaba.

Por si fuera poco, Gobbie, en diferentes ocasiones, hizo ostentación ante mí de su epidermis y no pude descubrir en ella la menor partícula de oro. El hombre se pavoneaba orgulloso ante mí y estoy seguro que, de haber sido yo un humano, aquella insolencia le hubiera costado cara.

Inesperadamente, cuando ya llevábamos seis días de vuelo normal, ocurrió algo que trastornó todos nuestros planes. En el cuarto de derrota el tripulante de guardia recibió una llamada radiofónica.

Por casualidad me hallaba yo allí cuando sonó el zumbador del receptor de radio. Era Méndez, el de los vivas y aclamaciones, el que se encontraba en la cámara y dio media vuelta al conmutador.

—Deténganse inmediatamente si no quieren volar en mil pedazos —dijo una voz en tonos perentorios.

Méndez dio un salto en su asiento que casi lo llevó hasta el techo de la cámara. En cuanto a mí, necesité de toda mi experiencia para mantener mis válvulas a una temperatura normal.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué nos ordenan detenernos? —inquirió Méndez, en tanto su mano izquierda pulsaba frenéticamente el rojo

botón de alarma.

—No se preocupe de nuestra identidad y haga lo que le decimos —contestó la voz—. Tenga en cuenta que no volveremos a repetir la orden.

Las últimas palabras estaban pronunciadas en un tono siniestro que no dejaba la menor duda acerca de las intenciones del individuo que nos estaba hablando.

Visto el cariz que tomaban las cosas, Méndez tomó la iniciativa de dar a las máquinas orden de decelerar. Casi en el mismo momento, atraído por la alarma, Lunner penetró en el cuarto de derrota.

—¿Qué ocurre, Méndez?

El tripulante le puso al corriente de lo que pasaba. Lunner frunció el ceño, en tanto se dedicaba al estudio de los instrumentos de a bordo.

María hizo también su aparición en la cámara. Lunner fingió no haber reparado en su presencia y continuó manipulando en el radar, hasta haber localizado la nave que nos intimaba a la detención, pues era evidente que sólo de una astronave podía proceder la voz de aquel individuo, ya que estábamos demasiado alejados de cualquier planeta habitado.

Un puntito amarillento apareció instantáneamente en la pantalla. Orientándose por éste, Lunner puso en funcionamiento el telescopio electrónico, y unos segundos más tarde teníamos todos ante nuestros ojos la imagen de una nave qué volaba raudamente por el espacio en dirección a la nuestra,

—¿Quiénes pueden ser esos individuos, capitán? —preguntó María.

Lunner se alzó de hombros.

—No lo sé..., pero nunca gozaron de buena fama los alrededores de Arturo. Hay demasiados piratas y merodeadores que pululan por aquí a la caza de alguna nave que pueda proporcionarles, rico botín.

—Pero nosotros no llevamos nada de valor en la nuestra —objetó ella.

—Así es —contestó Lunner —, y eso es lo que más miedo me da.

—¿Cómo? —se extrañó la joven.

—Verá —replicó Lunner—. Si esos individuos vienen en busca de

provecho material y no lo encuentran puede que se enfurezcan al ver que han dado un golpe en vano. Entonces…

—¡Pero usted puede defenderse, capitán!

—Ésta es una nave mercante, princesa, no lo olvide. Y las únicas armas que hay a bordo sirven para los hombres, no para las astronaves enemigas.

—Debería haber patrullas del espacio que ejercieran vigilancia, impidiendo actos de piratería, capitán.

—Dígaselo a los arturianos, princesa —contestó Lunner con indiferencia, contemplando la imagen de la nave enemiga, cuyo volumen aumentaba de modo perceptible a cada segundo que transcurría.

El piloto de, la nave enemiga debía de ser un habilísimo astronauta, porque se le vio en la pantalla describir un amplísimo semicírculo, a una velocidad aterradora, dejando tras sí una visible estela de fuego, y en pocos minutos equiparó ambas órbitas, aproximándose luego a nuestra nave por medio de una inteligentísima maniobra.

No tardamos mucho en sentir el metálico choque de los arpeos metálicos contra el casco exterior. Una poderosa fuerza tiró con tal violencia de la «Richelieu» que nos derribó a todos en confuso montón por el suelo de la cámara, al mismo tiempo que la voz de antes repetía sus intimaciones.

—Permanezcan quietos y cuiden de no ejecutar ningún acto hostil si quieren seguir viviendo.

Lunner ayudó a ponerse en pie a María y ella se lo agradeció con una breve mirada. En cuanto a mí, hice unos rápidos «tests» para asegurarme de que ninguno de mis circuitos había sido dañado por el violento revolcón, y después de aquello ya sólo nos quedó aguardar la entrada de los piratas.

Fueron diez largos minutos que no parecían ir a tener fin nunca. Lunner había dado instrucciones a su segundo de que manejara la esclusa de acceso a la nave y por ella penetraron unos cuantos individuos, todos ellos armados hasta los dientes.

Varios se esparcieron por el interior de la nave, obedeciendo a un plan de antemano preconcebido. Tres se dirigieron hacia el lugar donde nos hallábamos nosotros, siendo portadores en sus manos de sendas

pistolas desintegrantes.

María exhaló un grito de horror al ver el horrible aspecto que ofrecían los recién llegados. Tenían cierta apariencia humana si contamos que eran poseedores de una cabeza, dos brazos y dos piernas, pero el color pardo verdoso de su epidermis infundía verdadera repugnancia, al mismo tiempo que su rostro alargado y cubierto casi por completo de vello les daba una apariencia lobuna que no contribuía precisamente a mejorar su aspecto físico. Las pupilas eran de violento color rojo y sus orejas eran largas y puntiagudas, exactamente como las de un perro lobo, y también cubiertas de aquellos repelentes pelos del mismo color que su piel.

—¿Quién es el capitán de esta nave? —inquirió el que parecía ser el jefe de los asaltantes.

Lunner adelantó un par de pasos.

—Yo —dijo, y acto seguido inquirió—. ¿Qué es lo que queréis de nosotros?

—Puedes figurártelo, terrestre. La carga de tu nave. Y te aconsejamos que no opongas la menor resistencia

—Ni yo ni mi carga haremos eso —contestó Lunner irónicamente—. En lo que a mí respecta, porque tengo en mucha estima a mi pellejo. Y en cuanto a la carga, veo difícil os la llevéis, a no ser que busquéis las provisiones normales de víveres que suele haber en toda astronave.

Los ojos del extraño individuo centellearon vivísimamente.

—¡Tratas de engañarme, terrestre! —rugió.

Lunner se encogió de hombros, haciendo caso omiso de la amenaza que constituía la pistola que tenía directamente encarada contra su pecho.

Murmuró:

—Bueno, compruébalo por ti mismo si no te fías de mi palabra.

Hubo una tensa pausa de silencio durante la cual la garra del pirata se crispó sobre la culata de su pistola. De pronto saltó hacia adelante y, moviendo rapidísimamente el arma, golpeó duramente con su cañón la frente de Lunner, quien se desplomó como un saco al suelo, sin lanzar un solo gemido.

El grito que se le escapó a María fue por completo involuntario.

—¡Asesino! —clamó, dirigiéndose al forajido.

Éste carecía en absoluto del sentido de la galantería y apartó de un zarpazo a la joven, la cual salió proyectada contra un mamparo, chocando contra él y quedando medio sentada en el suelo, aturdida, al borde de la semiinconsciencia.

Méndez me miró, en tanto se pasaba la lengua para humedecerse los repentinamente resecos labios. Como, aunque sea un robot, tengo también en mucha estima a mis válvulas, lámparas y circuitos, permanecí prudentemente quieto, tratando de no provocar otro estallido de ira del desagradable capitán corsario.

Durante unos momentos el silencio reinó en aquel lugar. Poco tardó, sin embargo, en ser roto por la voz de otro hombre-lobo que apareció, jadeante, sin aliento, lanzando furiosas interjecciones de rabia.

—¡No hay nada, capitán! ¡Todo está vacío, salvo el pañol de víveres!

El forajido lanzó una sarta de soeces exclamaciones, que denotaban bien a las claras la decepción que le causaba el golpe fallido. Miró a Lunner, quien continuaba tendido en el suelo, sumido en la inconsciencia, y, por unos instantes, temí descargara su rabia sobre él, volatilizándolo con su pistola desintegrante.

Pero no ocurrió así, afortunadamente. Una siniestra sonrisa se dibujó en su canino rostro, si es que sonrisa se puede llamar a la mueca que contorsionó su boca dotada de agudísimos colmillos, y luego dio una orden:

—¡En marcha! ¡Qué le vamos a hacer —exclamó con falsa resignación —; otra vez será!

Los piratas desaparecieron de allí, actuando con una disciplina enteramente militar, dejándonos solos.

No tardamos en darnos cuenta de que los arpeos magnéticos habían sido desenganchados del casco de la «Richelieu». Entonces María se puso en pie y corrió hacia el capitán.

—¡Un poco de agua, por favor! —pidió con acento de urgencia.

Méndez salió de la cámara a todo correr. María se arrodilló junto al desvanecido, colocándole la cabeza en su regazo y tratando de cortar

con un pañuelo el hililllo de sangre que le brotaba de la herida abierta por el golpe que le había propinado el pirata.

Méndez volvió con dos cosas: un vaso de agua y un frasquito de brandy que sirvieron para reanimar en parte a Lunner.

—¿Se rompió el cielo encima de mi cabeza? —dijo con voz débil, apenas hubo recobrado el conocimiento.

—Yo diría que es ahora cuando está en el cielo, capitán —murmuré con una risita, pues María continuaba sosteniéndole la cabeza.

Ella enrojeció, pero no se movió de la postura en que se hallaba. Preguntó:

—¿Quiénes eran estos individuos, capitán?

—¿Individuos? Les hace usted un favor al darles ese apelativo, princesa. Son piratas arturianos y de lo mejorcito que hay en su clase, lo cual quiere decir que no hay otros más sanguinarios que ellos.

—No veo que, salvo los golpes, hayan derramado más sangre —objetó ella—. Se han ido muy defraudados, eso sí, pero...

Lunner trató de ponerse en pie, consiguiéndolo con mi ayuda y la de Méndez. Vaciló y hubo de agarrarse a un panel para no volver a caer al suelo.

—No sé —murmuró—, pero me extraña que se hayan ido así, tan conformes. Esto no acaba de gustarme del todo, princesa.

—¿Por qué?

—Conozco bien las historias que circulan acerca de los piratas de Arturo y sé lo que suelen hacer cuando el golpe les falla o no les salen las cosas enteramente a su gusto. Todavía me parece mentira que estemos aquí indemnes y...

Dejé de escuchar las palabras del capitán porque en aquel momento mis células visuales acababan de captar una estremecedora imagen en la pantalla telescópica. Era una raya de fuego, de pavorosos tonos escarlata, acerca de cuyo significado no podía caber la menor duda.

La palabra fatídica se escapó de mis labios de una forma por completo irreprimible.

—¡Torpedo! —grité con toda la potencia de mi circuito parlante.

CAPÍTULO V

Mi reacción fue instantánea. De no haber sido así, lo más seguro es que ahora no estaría haciendo el relato de lo ocurrido.

Mis circuitos memorísticos guardan inexorablemente todo cuanto ha sido captado por los visuales, de modo que me había bastado seguir una vez el manejo de una astronave para saber de modo exacto, inequívoco, la manera que tenía de ejecutar, sin que cupiera la posibilidad del menor fallo.

Mis manos se dirigieron hacia el deflector de meteoritos, conectándolo unos segundos antes de que la raya de fuego culminara su velocísimo trazo en un deslumbrador estallido que arrojó crudas sombras negras sobre todos los rincones de la cámara.

María gritó sin poderse contener, en tanto que la astronave se estremecía horriblemente a efectos del impacto. Entonces, al ver estallar el torpedo, comprendí la falsa sonrisa de resignación que había aparecido en los labios del pirata al darse cuenta de que su asalto a nuestra astronave había sido tiempo perdido en vano.

Naturalmente, la explosión se efectuó sin el menor ruido en el espacio, en un vacío que no podía transmitir los sonidos; pero dentro de la cosmonave se escucharon una serie de aterradores crujidos y sordos estampidos que me demostraron, por medio de mis sensibles micrófonos auditivos, que, a pesar de haber reventado el torpedo contra el muro protector del deflector de meteoritos, la explosión no se había perdido del todo.

La nave se tambaleó horriblemente en tanto que todos cuantos nos hallábamos en su interior éramos zarandeados sin compasión y arrojados brutalmente de un lado para otro. Las luces de a bordo oscilaron unos segundos, con rápidas alternativas de claridad y oscurecimiento, y al fin acabaron por apagarse del todo.

Durante unos momentos larguísimos, interminables, continuaron oyéndose toda clase de ruidos en el interior de la «Richelieu» hasta que no se oyó a bordo el menor ruido.

Afortunadamente para mí pude resistir bien los choques causados por la devastadora explosión. Calculé la tremenda potencia de aquel torpedo que aun estallando a varios centenares de metros de distancia, había causado tamaños efectos en nosotros, y no dudé en pensar que, de no haber sido por mi fulminante gesto, el torpedo habría impactado directamente sobre el casco de la nave, destruyéndola de un solo golpe.

Aun así, habíamos sufrido mucho y todavía teníamos que averiguar los daños, causados por el torpedo. Sólo de pensarlo se me recalentaron las válvulas y tuve que refrigerarlas apresuradamente, temiendo, fundadamente, que algún cortocircuito me hiciera polvo los mecanismos interiores.

Después de que se hubo hecho el silencio, en medio de una total y agobiante oscuridad, pude, al fin, recuperarme lo suficiente para acercarme poco menos que a tientas al tablero de mandos. Entonces oí la voz de Lunner.

—¿Kabé?

—Sí, capitán.

Percibí claramente el suspiro de alivio que exhaló el joven al escuchar mi voz.

—¡Menos mal! —exclamó—. Creí que te habrías destrozado contra un mamparo.

—Tengo los huesos duros, capitán —dije, conectando el circuito de la risa —. ¿Y los suyos?

—Parece como si me los hubiesen pasado por una batidora, Kabé. Escucha, tenemos que alumbrar la nave.

—Dígame cómo se hace. Cuando yo llegué a bordo ya estaban encendidas las luces y, por lo tanto, ignoro...

—Tendrás que conectar el circuito de emergencia. Segundo «plafond», tercera fila de botones, cuarto empezando por la derecha.

La fría luz de las estrellas proporcionaba una debilísima luz al interior de la cámara de derrota y, guiándome por ella, pude encontrar el control desearlo. Lo oprimí y al instante las lámparas de la cámara empezaron a parpadear primero, para asentarse definitivamente unos segundos más tarde.

Entonces miré en torno mío y me estremecí.

Méndez, el tripulante, se hallaba en un rincón de la cámara con la cabeza doblada en ángulo recto, cosa que no hubiera tenido importancia de haberla tenido sobre el pecho en lugar de hacia la espalda. Aquello me dijo que el desgraciado se había roto el cuello con la sacudida y que ya no podría ayudarnos nunca en nada.

En cuanto a Lunner se había sentado en el suelo y, olvidándose del golpe que le asestara el pirata, se estaba frotando enérgicamente una rodilla. A su lado, María yacía tendida en el suelo, pero los suaves movimientos de ascenso y descenso de su pecho me indicaron que, por el momento, no padecía otra cosa que un simple desvanecimiento.

—Nos has salvado la vida, Kabé —murmuró Lunner.

—A todos no, capitán —dije, señalando con la barbilla al infortunado Méndez.

Lunner asintió con gesto sombrío. Después, señalándome a la aún inconsciente María, dijo:

—Ayúdame a levantarme, Kabé. Hemos de llevarla a su cámara.

—Sí, capitán —dije.

Dejamos a María tendida sobre su litera, después de que nos hubimos convencido de que sólo sufría los efectos de un fuerte golpe en la cabeza y que lo mejor para ella era que recuperase el sentido por sus propios medios en lugar de forzarla con estimulantes que acaso pudieran perjudicarla. Entonces Lunner exclamó:

—Vamos a ver qué ha ocurrido por ahí, Kabé. Este silencio es de muy mal agüero y no me gusta nada.

Asentí. Igual me ocurría a mí. ¿Por qué nadie se había preocupado de llamar a la cámara de mando? ¿Qué había sucedido después de la explosión?

Lo supimos pocos momentos después, cuando vimos una puerta cerrada herméticamente. Lunner me miró, consternado.

—¡Han muerto todos, Kabé!

Antes de contestarle estudié la posición de la puerta, Esta daba directamente a los camarotes de la tripulación, así como a la sala

auxiliar de máquinas. Todas las puertas de alguna importancia tenían cierre automático para ciertos casos, como era el de una brusca salida del aire a consecuencia de un boquete abierto en la estructura del navío, y el mecanismo de aquélla había funcionado a la perfección.

—La explosión del torpedo, pese a todo, perforo el casco, Kabé —dijo Lunner.

—Debía ser de gran potencia, capitán —repuse—. Fíjese en los estragos que ha causado, pese a haber sido destruido por el deflector.

—Lo cual quiere decir —agregó Lunner pensativamente— que, de no haber sido por tu acción, ahora estaríamos convertidos en polvillo cósmico, ¿por qué ese ataque tan sanguinario, Kabé?

—Acaso no les gustó haberse encontrado con una nave vacía de cargamento.

—Posiblemente —concedió Lunner—. Sin embargo, no tenían por qué atacarnos de esa manera. ¿O acaso eran enemigos de la princesa?

—¡Hum! No lo creo, capitán.

—¿Por qué?

—Esos tipos eran unos piratas de tantos como merodean por los alrededores de Arturo. Si realmente hubieran sido enemigos de María les hubiera bastado con llevársela, ¿no cree? Matándola, los andeggianos reducen sus posibilidades de adquirir la fórmula que hace desaparecer el oro de sus epidermis. Sí quisieran obrar con violencia, les saldría más a cuenta matar a unos cuantos miles de habitantes de Fizeon en lugar de hacerlo con su princesa. Y si no, fíjese en que sólo secuestraron a Zhuwuddar, sin que, hasta el momento de nuestra partida, le hubieran causado el menor daño.

—Pudiera ser como tú dices. Los piratas como los que nos han asaltado no gustan de dejar rastro detrás de ellos —asintió al fin Lunner, el cual, después de unos momentos de meditación, dijo—: Vamos a ver cómo se encuentra la princesa.

Llegamos a su cámara justo en el momento en que ella se incorporaba en su litera, con los ojos muy abiertos. Lunner la puso al corriente de lo ocurrido y María se estremeció de pavor al enterarse que, de un solo golpe, la tripulación ele la «Richelieu» había sido reducida a una pareja de humanos, hombre, y mujer, y un robot

—¿Qué haremos ahora, capitán? —preguntó, desmoralizada.

Lunner alzó los hombros.

—No puedo predecirlo, princesa. Es obvio que hemos sufrido graves averías, pero no podemos calcularlas en toda su extensión, puesto que estamos bloqueados en un sector de la nave de una extensión inferior a un quinto del total. Antes de darle una respuesta definitiva, tendré que hacer un somero examen de la situación y ver qué podemos hacer para salir de ella.

María asintió y, vacilante todavía, sacó las piernas fuera de la litera. Se sentó, sujetándose la cabeza con ambas manos y luego, arrojándose el largo cabello hacia atrás, levantó la vista.

—Mientras el capitán hace lo que ha dicho, Kabé podría prepararnos un poco de café —sugirió.

—Al momento —contesté.

—A la entrada de la cámara de mando hay un armario de emergencia con víveres concentrados —dijo Lunner.

Diez minutos más tarde entraba en el cuarto de control con una pequeña bandeja en las manos, sobre la que se veían dos tazas de agua caliente y dos tubitos de plástico conteniendo café concentrado en pastillas y azúcar preparado de idéntica manera.

Bastó que arrojara una tableta en cada una de las tasas para preparar un sabroso café y luego el azúcar se lo distribuyeron los humanos según sus gustos personales.

Lunner era hombre prevenido y no había dejado de guardar cigarrillos en el pañol de emergencia. María y él encendieron un pitillo y luego el joven dijo:

—No podemos hacer uso de la radio; la explosión la ha averiado de tal forma que, por ahora, ha quedado inútil por completo. Acaso de no haberse abierto el boquete en el casco de la nave hubiéramos llegado al pañol de herramientas, lo cual nos hubiera servido para repararla o, por lo menos, construir una provisional.

—Lo cual quiere decir que estamos incomunicados —dijo María.

—Exactamente.

Bien, pero, por suerte nuestra, hemos quedado en la cámara de-mando. Usted, capitán, puede gobernar la nave hasta...

Lunner meneó la cabeza lentamente con un gesto harto comprensible.

—Lo siento, pero las máquinas han sido también gravemente averiadas. Haciendo un esfuerzo, podré mantener la velocidad actual, sin que nos sea posible utilizar el mecanismo de la navegación subespacial.

María palideció. En cuanto a mí, hube de contenerme para no soltar alguno de los tacos que había aprendido en mis frecuentes contactos con los humanos.

—¡Diablos, capitán! —dije, a pesar de todo—. Eso que usted nos cuenta es muy fuerte.

—Pero exacto, Kabé.

—Entonces... ¿qué ocurrirá si... si...? —murmuró la princesa.

La cara de Lunner se ensombreció repentinamente. En silencio, se levantó y caminó hacia uno de los lados de la cámara, que se advertía completamente liso, de unos tres metros de altura por casi otro tanto de anchura, sin el menor accidente en su pulida superficie, a excepción da una triple fila de botones, treinta en total, que tenía situados en uno de sus costados.

Sin pronunciar una sola palabra, Lunner oprimió varios de aquellos controles, y al terminar la pared se iluminó por dentro, de la misma forma que si hubiera sido de vidrio y al otro lado existiera una batería de lámparas eléctricas.

Comprendí al instante lo que ocurría. Aquello era, ni más ni menos, que un proyector cartográfico, en cuya pantalla aparecían los mapas de la Galaxia, del sector que se deseara, con sólo pulsar los botones correspondientes. Y mis células memorísticas me dijeron al instante que el mapa que Lunner había hecho aparecer ante nosotros era el del sistema cuyo centro era Arturo.

—Aquí estamos nosotros —dijo Lunner, señalando un punto determinado en el mapa.

Movió un par de botones más y el mapa aumentó de tamaño, desapareciendo algunos detalles innecesarios de sus costados.

El grupo de planetas, treinta y nueve, que componían en total del sistema arturiano, se agrandó enormemente. Otro nuevo gesto de Lunner dio por resultado el que muchos de aquellos planetas se esfumaran hasta que, al fin, sólo quedaron media docena, separados entre sí por una enorme distancia, enorme, naturalmente, refiriéndose al tamaño de la carta estelar.

—Éste es el nuestro —exclamó Lunner, poniendo el dedo sobre uno de aquellos círculos que, a modo de signos convencionales, señalaban los planetas de Arturo—. Aquí es donde vamos a parar nosotros… —Lunner hizo una pausa, aspiró fuerte y concluyó de modo rotundo—: Enteros o en trozos, pero ahí acaba nuestro viaje.

Después de aquellas palabras, tan poco agradares de escuchar, hubo un intenso silencio en la cámara.

Lunner lo rompió.

—Heraflion se llama ese planeta —dijo lentamente.

No me gustó nada el acento de Lunner. Sin embargo, dejé que fuera la propia María la que hiciera la pregunta que a mí me bullía en los circuitos,

—Parece que no tiene nada de agradable Heraflion, capitán —dijo ella especulativamente.

Lunner volvió a encender calmosamente un nuevo cigarrillo.

—Así es, princesa. Y no soy hombre a quien le guste andar con rodeos cuando las cosas se ponen difíciles.

—Explíquese, por favor, capitán —suplicó María.

Lunner asintió.

—Verá, princesa; Heraflion es un planeta moribundo. No hay en él apenas otra vida que la de unas cuantas plantas de tipo desértico que se obstinan en subsistir a pesar de la casi carencia de agua que hay en el planeta. Está cerca de Arturo, pero no tanto que impida vivir sobre su superficie durante cierto tiempo, pero ya puede suponerse que la temperatura que en él reina habitualmente es elevadísima.

»Por otra parte —continuó el joven—, su movimiento de rotación en torno a su propio eje es lentísimo, con lo que, a pesar de tener un tamaño digamos aproximadamente terrestre, los días son inacabables.

Tienen una duración media de quince de los nuestros, En la parte situada frente a Arturo la temperatura es elevadísima; en la cara opuesta ocurre lo contrario.

María preguntó:

—Pero ¿es respirable su atmósfera?

Lunner movió afirmativamente la cabeza.

Dijo:

—Sí, y gracias a ello podremos subsistir unos días más… si tenemos la suerte de aterrizar sin contratiempo sobre su superficie.

La princesa se sobresaltó.

Preguntó, inquieta:

—¿Cómo? ¿Es que teme usted que nos destrocemos al aterrizar?

—Habitualmente —contestó Lunner— mi nave no toca nunca en los planetas, sino que todas las operaciones de carga y descarga se hacen por medio de los cohetes lanzadera. Esto no quiere decir que no pueda llegar hasta la superficie, pues, como habrá visto, la «Richelieu» está dotada de aletas y timones para casos como el presente.

—Falta saber ahora —tercié— si responderán los mandos.

Lunner me miró preocupado.

Murmuró:

—No puedo anticipar nada hasta tanto llegue el momento oportuno.

—¿Qué será…? —murmuró María.

Antes de contestar, Lunner se fue hacia la computadora. Efectuó una serie de cálculos en la máquina y luego, volviéndose, repuso:

—Dentro de unas doce días, princesa, y, en mi opinión, debemos aterrizar en la cara diurna, con el fin de llegar con luz a un mundo que nos es completamente desconocido.

* * *

Desde la altura pudimos ver la atormentada superficie de Heraflion brillando deslumbradoramente bajo la implacable luz de Arturo, a unos quinientos millones de kilómetros.

Era un mundo muerto, desolado, el que teníamos bajo nuestras plantas, de un siniestro tono amarillento, en el cual, a veces, se veían manchas rojizas que indicaban la existencia de elevaciones montañosas las cuales se iban desmoronando bajo la inflexible acción conjunta del tiempo y de los elementos meteorológicos.

Apoyándose en sus aletas sustentadoras, la «Richelieu» penetró en la atmósfera de Heraflion. Cuando su velocidad fue inferior a la del sonido, el agudo silbido del aire al ser hendido por la nave hirió nuestros oídos.

Sentados en los sillones, fuertemente sujetos por las correas de seguridad, vimos acercarse el suelo a nosotros. Ya habíamos dado unas cuantas rápidas vueltas al planeta, con objeto de buscar el mejor sitio para el aterrizaje y Lunner decidió hacerlo al fin en una extensa planicie arenosa que finalizaba en una serie de elevados farallones de rojo color situados casi en el límite del horizonte visible.

Asiendo fuertemente con sus manos el volante de dirección, Lunner condujo la nave con firme seguridad hasta el punto deseado. El suelo se nos acercó rapidísimamente y, casi de improviso, un fuerte ruido de metal desgarrado atronó nuestros oídos.

La nave saltó espantosamente, deslizándose por el suelo con tremenda velocidad, al mismo tiempo que dejaba tras sí una enorme nube de arena pulverizada. Horrendos estallidos se oyeron en torno nuestro, en tanto que el aparato saltaba como un caballo súbitamente enloquecido hasta que, de pronto, se detuvo con un estampido semejante al de un cañonazo y luego clavó la aguda punta en una depresión del terreno, levantando la cola aparatosamente, como si quisiera apuntar al cielo con ella. La nube de polvo y arena se fue disipando y la astronave quedó inmóvil, como un fabuloso monstruo abatido por un titán.

CAPÍTULO VI

La causa de nuestra súbita detención y en tan rara postura, además, era una falla del terreno que, inadvertida desde el aire, se nos había presentado en nuestro camino de modo brusco, sin que Lunner tuviera la menor posibilidad de evitarla.

Afortunadamente, la velocidad de la nave se había reducido ya notablemente cuando su morro se clavó en el suelo, que distaba seis u ocho metros de la cresta de la falla. No obstante, las correas de seguridad pudieron evitarnos daños que, sin ellas, hubieran sido de bastante consideración.

El ruido cesó en cuanto la nave se detuvo, quedando en la forma ya descrita, casi vertical, con los chorros impulsores apuntando al cielo brillante de Heraflion. Una vez nos hubimos convencido de que nadie había sufrido daños de importancia, nos dispusimos a desembarcar.

—¿Que armas tiene usted a bordo, capitán? —inquirí.

—Un par de pistolas de supercarga en mi cámara, Kabé.

—Bien —dije—; iré por ellas, y luego prepararé una bolsa con agua y provisiones, usted —añadí, mirando a la princesa— sería conveniente se cambiara de ropa, colocándose otras más en consonancia con el lugar en que vamos a habitar.

María sonrió deliciosamente y su faz adquirió una expresión completamente nueva con aquel gesto, tan poco frecuente en ella.

—Estás en todo, Kabé —dijo, y luego empezó a trepar por el empinado suelo de la cámara de control, en busca de la suya.

—Póngase también algo para resguardar su cabeza de los rayos de Arturo —agregué y luego, dirigiéndome a Lunner—: Cosa que también a usted le aconsejo, capitán.

—Sí, tienes razón, Kabé —contestó el joven.

Mientras disponía todo lo necesario para salir de allí, María y Lunner se equiparon tal y como yo les habla indicado. Una vez estuvimos todos listos, ascendimos por el corredor hasta llegar a aquella puerta que desde la explosión del torpedo había permanecido herméticamente cerrada.

Lunner la abrió y, al instante, María lanzó un agudo grito. De haber sido un humano, yo hubiera hecho lo mismo en su lugar.

Un cuerpo se precipitó sobre nosotros. Indudablemente, había estado apoyado contra la puerta y, al abrirse ésta, había perdido su apoyo. Lunner respingó al mismo tiempo que juraba por lo bajo, y luego, apartándose a un lado, dejó que el cadáver del tercer oficial se deslizara por la inclinada pendiente hasta detenerse en un obstáculo cualquiera.

El camino hasta una de las escotillas de emergencia no fue nada agradable. Aquí y allá estaban los cuerpos de los infelices tripulantes, retorcidos en macabras posturas, sorprendidos bruscamente por la muerte que había entrado subrepticiamente al escaparse el aire por uno de los desgarrones provocados en el casco por la explosión del torpedo. Flotaba en el aire un hedor imposible y, aunque yo carezco de circuitos olfativos, me di cuenta de ello por los gestos que hacían María y Lunner.

Abierta la escotilla, nos encontramos casi a nivel del suelo. El súbito corte que había en él, al hacer que casi un tercio de la nave estuviera bajo la falla, nos facilitó las cosas.

Una intolerable bofetada de ardiente calor nos acogió apenas hubimos puesto el pie en tierra. Allá arriba, deslumbrante, cegador, se encontraba Arturo, una estrella de treinta y siete millones de kilómetros de diámetro, veintisiete veces mayor que nuestro Sol con una potencia lumínica cien veces mayor que éste. Claro está que todo resultaba proporcionado, habida cuenta de la distancia que separaba Heraflion de Arturo; en caso contrario, si el planeta hubiera estado a igual distancia que lo está la Tierra respecto del Sol, no hubiéramos podido subsistir.

Aun así, la distancia era demasiado corta, lo cual se advertía en el intolerable calor que reinaba en torno nuestro y que me obligó forzar ligeramente el régimen de mi refrigeradora interna, con el fin de mantener mis circuitos bajo una temperatura adecuada.

Bajo la sombra protectora de la nave sostuvimos, antes de partir, un cambio de impresiones.

—Debemos explorar los alrededores del lugar en que nos hallamos —aconsejó Lunner—, aunque sin alejarnos demasiado. Hemos de hacer de la «Richelieu» nuestra base de operaciones, ya que en ella quedan todavía víveres y agua para mantenernos una buena temporada. Propongo que nuestro primer paso sea acercamos a aquellos farallones que hay allí a lo lejos y ver qué podemos hacer mientras.

La proposición fue aprobada sin grandes obstáculos. Lunner llevaba, como yo, una pequeña mochila a la espalda, llena de víveres y dos grandes cantimploras de agua cada uno. El capitán y María se habían equipado con ropas livianas, con el fin de poder soportar el intenso calor que reinaba allí, habiéndose protegido la cabeza con unos sombreros de anchas alas que yo había encontrado olvidados en uno de los armarios situados en la parte de la nave alcanzada por la explosión.

Saliendo de la sombra, nos acercamos al borde de la falla. Caminamos unos cuantos pasos por la arista de la cortadura, hasta hallar una especie de caminejo que, con más dificultades de las previstas, nos llevó abajo.

Arturo nos azotó con furia y la arena del suelo crujió bajo nuestros pasos. Caminamos a buen ritmo, tratando de alcanzar lo antes posible aquellos farallones que se divisaban en la lejanía, cuyos contornos, en ocasiones, resultaban alterados al contemplarlos a través de las vaharadas de aire caliente que se desprendían del suelo.

El cielo era de un azul purísimo, esplendente, sin una sola nube que alterara su perfecta transparencia. A pesar de que no soy un humano, advertí que los rayos de Arturo quemaban más de lo previsto y, en más de una ocasión, llegué a preguntarme si no hubiera sido conveniente aguardar en la nave la llegada de la noche.

Poco a poco fuimos ganando terreno. El camino se hacía bastante dificultoso al tener que pisar sobre la arena, que constituía prácticamente todo el suelo. El tan lejano muro rocoso aumentó lentamente de tamaño.

Vi deslizarse el sudor por los rostros de mis compañeros, pero la transpiración era inmediatamente absorbida por el horrendo calor que allí reinaba. María, con el rostro encendido, los labios prietos y el aire resuelto, caminó sin dar la menor muestra de debilidad, sorprendiéndome con su fortaleza, que no hubiera creído jamás en una joven como ella, tan poco acostumbrada a las privaciones físicas.

Dos horas más tarde llegábamos al lugar deseado. Lunner y María, exhaustos, jadeantes, se dejaron caer en el suelo, a la sombra de una enorme piedra de color rojo, bajo la que la temperatura se hacía un poco más soportable.

Quitándome la mochila que tenía a la espalda, saqué una de las cantimploras y desenrosqué su tapón. Se la acerqué a la princesa, que

la tomó con ambas manos.

—Beba con precaución —dije—; pues podría perjudicarle. Además no sabemos cuándo podremos encontrar agua.

Ella me dirigió una amistosa sonrisa y, en su honor, he de decir que siguió puntualmente mis consejos.

Mientras Lunner la imitaba, María dijo:

—A veces, Kabé, me das envidia y yo también quisiera ser un robot.

—¡Hum! No es una existencia muy agradable, princesa. Está mejor siendo lo que es, que no una máquina como yo.

Antes de contestarme, María sacó un paquete de cigarrillos, pero yo le quité con suavidad el que ya se había colocado en la boca. Moví la cabeza con gesto desaprobatorio.

—No —dije—; tabaco no. Le resecará las fauces, con el resultado de que aumentará el consumo de agua.

Ella volvió a sonreír.

—¿Lo ves, Kabé, como en estos momentos resulta ser mejor una máquina que no un humano? Tú, en estos momentos, estás libre de todas estas necesidades de nuestro cuerpo que son nuestra debilidad.

—Pero al mismo tiempo también son su fortaleza —argüí—. Por muy perfecto que sea yo, no dejo de ser una máquina, en tanto que usted es un humano, con capacidad para obrar según su albedrío y no dentro de unas determinadas reglas como he de hacerlo yo.

—Pero no estás sujeto a nuestras flaquezas, Kabé.

—Por supuesto; pero basta una sencilla operación para que me convierta en un montón de metal y plástico. Es suficiente que me quiten la pila que me proporciona energía y ya no soy otra cosa que un montón de chatarra.

María asintió, preguntando acto seguido:

—Lo que nunca he llegado a explicarme es la forma en que puedes razonar tan bien, Kabé. ¿Acaso es cosa de brujería?

—Oh, no —contesté—. Simplemente, tengo unos magníficos circuitos mnemotécnicos, o memorísticos, como usted quiera llamarlos,

enlazados, por supuesto, con los que, en mi caso, suplen a sus sentidos de la vista, oído y tacto, además de la facultad de habla. En ellos se almacena todo cuanto me ha sido enseñado y he aprendido en el transcurso de mi existencia robótica.

»El circuito del oído recoge por sus micrófonos todo lo que se habla, almacenándolo en los de la memoria. Cuando oigo que me hablan, las preguntas o las frases que se me dirigen van directamente a éstos, en donde son analizadas cuidadosa e instantáneamente, buscando la respuesta o el comentario adquirido y canalizándolos hacia los controles productores del habla. Lo mismo que usted o cualquiera de los seres humanos, pero en forma artificial.

—El hombre que te construyó debió de ser un artista.

—No soy producto de la habilidad o sabiduría de un solo hombre, princesa, sino de la de muchos, cientos, miles o acaso millones. Mi existencia comenzó, acaso, cuando el hombre aprendió a encender el fuego sin tener que depender de la naturaleza. Cada nuevo invento humano ha sido un paso más, un escalón que se recorría en el camino que acaba en mí. La rueda, la fabricación del hierro y del vidrio, el descubrimiento de la electricidad, la invención de los transistores, la desintegración del átomo y cien mil descubrimientos más, no son obra de un solo hombre, sino de muchos, y todos, poco a poco, se han ido reuniendo en la forma adecuada hasta dar cima a mi existencia. Y a la de los miles de Kabé que pululan por ahí.

—Una bonita conferencia, Kabé —sonrió Lunner, silencioso hasta entonces—. Y, a propósito, ¿te enseñaron lo que debías hacer si te encontrabas en un caso como ésta?

María y yo miramos al capitán, hallándole con la pistola en la mano, comprobando la carga del arma. El arma que el joven estaba examinando tenía un cañón de pavoroso aspecto, de treinta centímetros de largo, y en su culata se alojaba el peine en donde iban hasta veinticinco cartuchos de supercarga, capaces de hacer volar por los aires un muro de ladrillo.

—Demasiado sabe usted, capitán —dije, refrigerando células de la memoria en donde se almacenaban los recuerdos que me impulsaban a sentirme molesto, que yo no puedo usar esa clase de artefactos.

—Contra los humanos no, por supuesto, Kabé; pero ¿y contra las fieras?

La princesa y yo nos sobresaltamos enormemente.

—¿Qué es lo que quiere usted decir, capitán? —inquirió ella secamente.

El cañón de la pistola apuntó al cielo. María y yo miramos en la dirección señalada por Lunner.

Inmediatamente, María lanzó un grito de espanto. Y en lo que a mí respecta, también tuve mi trabajo en conservar el equilibrio de mis circuitos.

Por encima de nosotros, a unos cien o ciento veinte metros de distancia, en un absoluto silencio, estaba planeando un extraño animal que, teniendo la apariencia de un pájaro, no lo era sin embargo, aunque se comportase como tal.

Puse en funcionamiento el mando telescópico de mis circuitos visuales y la imagen de la bestia se me acercó hasta un tercio de la distancia que había. Entonces pude contemplarla a mi sabor.

Parecía un pteranodón, uno de aquellos reptiles voladores que habían existido en nuestro planeta millones de años antes de que apareciera el hombre, cuando la superficie de la Tierra era todavía un inmenso pantano. Tenía la presencia de un gigantesco murciélago y sus alas membranosas medirían muy bien una docena de metros, del nacimiento a la punta, saliéndole del centro, del lugar de donde partían los larguísimos miembros que sustituían a los huesos de las alas en los pájaros, una especie de garra de dos dedos, concluidas en sendas afiladísimas uñas de más de veinte centímetros de longitud, capaces de desventrar a un humano con un solo zarpazo.

La cabeza era desproporcionadamente grande y estaba dotada de un inmenso pico dentado, cuya sola presencia causaba escalofríos. Era un reptil volador, del que no se hubiera podido sospechar nunca su existencia en un planeta tan árido y tan desprovisto de vida como aquel en que nos hallábamos. Su envergadura total rebasaba los veinte metros y era evidente que debía pasarse largas temporadas sin comer, porque, en el momento actual, estaba estudiando la forma mejor de atacar para satisfacer sus ansias.

—¡Dios mío! —exclamó María, poniéndose en pie instintivamente—. ¿Es posible que existan estas bestias?

Para no incurrir en errores de apreciación, volví a la visión normal. Lunner también se incorporó y yo tomé la otra pistola que me ofrecía.

—Pues, sí —contestó el capitán—; al parecer, existen. Y ese pajarraco

está tratando de darnos un disgusto. Colóquese detrás de mí, princesa.

Miré hacia el farallón. Éste mediría unos cuarenta o cincuenta metros de altura y se divisaban en él numerosas grietas en las cuales sería fácil esconderse, pero, cansados y exhaustos los humanos, habían preferido detenerse a la sombra de aquella roca antes de llegar al muro que todavía se hallaba a un centenar de metros de distancia. Si intentábamos correr hacia los farallones, podía muy bien suceder que el pteranodón se lanzara al ataque y en aquellos cien metros completamente al descubierto no tendríamos ninguna posibilidad de defendernos.

Lunner lo entendió igual que yo y permaneció a pie firme, observando los vuelos circulares de la bestia, en cuyos ojillos, a pesar de la distancia, era fácilmente perceptible el ansia de matar. El pteranodón perdía altura lentamente y esto nos dijo que el momento del ataque no podía estar ya más lejos.

Bruscamente, con un grito horrible, inhumano, jamás escuchado antes por ninguno de nosotros, la fiera se lanzó al ataque. Sus alas batieron el aire con siniestro chapoteo y su enorme pico, de más de un metro de longitud, se abrió y cerró varias veces, haciendo entrechocar ruidosamente sus fenomenales dientes.

—¡No dispares hasta que no estés seguro de acertar, Kabé! —me dijo el capitán.

Levanté la mano, dejando que mi vista resbalase a lo largo del cañón de la pistola. El pteranodón picaba sobre nosotros rectamente, seguro de triunfar en su primer intento.

Dos disparos estallaron casi simultáneamente, quebrando con sus sonoros estampidos el relativo silencio de aquel lugar, y casi en el acto otras dos detonaciones sucedieron a la primera.

La bestia pareció desintegrarse en una serie de harapos y chorros de un líquido rojo negruzco que volaban por todas partes. Algunos repugnantes fragmentos de su cuerpo deshecho por el doble efecto de los cartuchos de supercarga cayeron en torno a nosotros, con sordos chasquidos.

Sin aguardar a más, Lunner y yo recogimos nuestras mochilas. El capitán tomó el brazo de la princesa, sin que María protestase por aquel ademán anti protocolario, y los tres echamos a correr hacia la segura protección que nos ofrecían los farallones.

Llegarnos a la base del muro rocoso en pocos segundos. Una vez allí, buscamos un lugar sombreado, en el fondo de una profunda grieta de escasa anchura y los humanos se sentaron a descansar, en tanto ya me quedaba casi en la entrada, oteando el panorama cercano.

El suelo hacía un poco de pendiente doble, como si fuera un gigantesco tejado a dos aguas, con gran ángulo de abertura, de modo que la cresta de dicho ángulo nos ocultaba la visión de la nave que nos había traído hasta allí. Salvo este pequeño detalle, todo cuanto abarcaban mis células visuales se advertía completamente llano y sin la menor señal de vida, tanto animal como vegetal. Un enorme paisaje de arena, sobre el que se desplomaban implacables los rayos de Arturo; a nuestras espaldas el muro rocoso, cuya altura, como ya he dicho, era de unos cuarenta a cincuenta metros, y cuya longitud, prácticamente en línea recta, pasaba de la docena de kilómetros. Nosotros estábamos casi en su centro y, tras una serie de rápidos cálculos, me di cuenta de que dentro de cuarenta y ocho horas terrestres, Arturo nos daría de lleno, colocándonos en una difícil posición al carecer de resguardo alguno contra su ardiente temperatura.

Giré sobre mis talones, disponiéndome a comunicar el resultado de mis observaciones a la pareja, cuando entonces mis células auditivas captaron un sonido extraño. Al menos en aquel lugar, claro está; porque en otro cualquiera, habitado, era fácil y corriente de escuchar en todo momento.

María y Lunner se dieron cuenta de mi actitud. Sus tímpanos no eran tan finos como los míos y, lógicamente, no habían percibido todavía aquel ruido, cuyo volumen seguía aumentando perceptiblemente.

—¿Qué te ocurre ahora, Kabé? —gritó Lunner, mirándome fijamente.

Contesté:

—A mí nada. A nosotros tres... acaso.

—¿Puedes explicarte? —se impacientó el capitán, Lunner.

Alce una mano, señalando hacia el punto de donde procedía aquel sonido.

Expliqué:

—¡Escuchen! ¡Una astronave está acercándose a este lugar!

La pareja se puso en pie instantáneamente, como movida por un resorte. Los ojos de María y Lunner miraron al mismo tiempo hada el sitio que yo les señalaba.

Unos minutos más tarde el agudo silbido de unas alas hendiendo el aire a gran velocidad llegó hasta el punto en que nos encontrábamos, aumentando de volumen fragorosamente a cada segundo que transcurría.

CAPÍTULO VII

Estaba visto que nuestras aventuras no iban a tener jamás fin o que, acaso está mejor expresado, sólo acababan de empezar, Sea como fuere, el caso es que muy pronto se pudo distinguir la silueta de la nave que describía lentos círculos en el aire, antes de disponerse para el aterrizaje.

Pude apreciar con facilidad que era de un tipo muy parecida a la del capitán Lunner, es decir, capaz de moverse en los tres escalones habituales de astronaves; aire, espacio interplanetario y subespacio, viajando en éste a través de lugares situados fuera de las tres dimensiones en que habitualmente nos movemos.

Poco a poco, el silbido fue perdiendo intensidad hasta convertirse en un profundo gemido, que luego desapareció, justo en el momento en que el pesado tren de aterrizaje del aparato tocó el arenoso pavimento. Nubes de polvo amarillento saltaron proyectadas a lo alto y su tamaño aumentó a medida que se iba acercando a un punto donde inexorablemente tendría que detenerse y que se hallaba muy próximo al lugar en que nos hallábamos nosotros.

Entonces fue cuando María hizo un comentario que llamó instantáneamente nuestra atención.

—¿Habrán visto los restos de nuestra nave? —inquirió.

Lunner y yo nos miramos, y en el rostro del joven pude captar la consternación que la tal preguntita había causado en su ánimo. Sobreponiéndose a su momentánea depresión, respondió:

—Es muy posible que sí —dijo—; pero, en todo caso, dentro de poco lo sabremos.

—Además —agregué yo— ha preguntado usted eso, princesa, como si diera por sentado que los tripulantes de la nave hubiesen de ser enemigos a la fuerza. ¿Por qué no han de ser amigos? En este caso nuestras tribulaciones habrán tenido fin.

—Es cierto —se animó Lunner—. Desconocemos la identidad de los tripulantes de la nave y…

María movió la cabeza con aire pesimista.

—Sólo si aterrizan para reparar alguna avería creeré en sus posibles buenos sentimientos. En caso contrario, no, porque ¿quién puede detenerse en un planeta completamente deshabitado y tan inhóspito como éste?

El argumento de la joven no dejaba de tener su lógica: sin embargo, era aún prematuro hacer cálculo alguno. Debíamos aguardar a que la nave terminara de rodar y entonces sería llegado el momento de tomar una determinación.

Esto no tardó mucho en ocurrir; poco a poco la enorme astronave fue reduciendo su marcha, hasta que al fin se detuvo a unos trescientos metros escasos de nosotros. Con las debidas precauciones, los cuerpos pegados a una de las paredes de la grieta, tratamos de ver sin ser vistos.

Observé que Lunner tenía la pistola en la mano y entonces me di cuenta de que no había abandonado aún la que él me diera. Se la devolví.

Lunner me miró extrañado y antes de que pudiera pedirme explicaciones, yo se las di.

—Recuerde —dije— que soy un robot y que, por lo tanto, no puedo hacer daño a los humanos.

—¡Dame esa pistola a mí! —exclamó María, arrebatándosela a Lunner —. Tu prohibición no reza conmigo.

—Les ruego que no se apresuren; acaso pudieran ser amigos…

Pero ninguno de los dos me hacía caso; sus ojos estaban absortos en la astronave, en la cual, a los pocos momentos de haberse detenido,

empezaban a ocurrir novedades.

—¡Miren! —exclamó la joven.

Una escotilla acabada de abrirse en uno de los costados de la nave, hacia el final de su colosal fuselaje. Una escalera automática fue proyectada hacia el suelo y al momento un grupo de hombres empezó a descender.

También, bajo el vientre de la nave, se abrió otro hueco. Comprendí que aquella era la escotilla de carga y, efectivamente, unos segundos más tarde, un gran vehículo, dotado de ruedas de buen tamaño, para todo terreno, fue descendiendo hasta el suelo. Unos cuantos hombres empezaron a dirigirse hacia él y al instante comenzó el trabajo de descarga, trasegando objetos de la nave al vehículo, objetos cuya naturaleza no podíamos comprender bien, a causa de la distancia.

Ni siquiera yo, usando de la facultad telescópica de mis células visuales, pude distinguir de qué se trataba; aquellos objetos estaban dentro de sus respectivos embalajes y sólo quitando éstos podría saberse su contenido.

Pero, además, ocurrió otra cosa que desvió nuestra atención: alguien, sin duda un oficial, extendió un brazo a lo lejos, y dio unas órdenes. Media docena de hombres, visiblemente armados, emprendieron instantáneamente la marcha en una dirección acerca de la cual no nos cupo la menor duda.

—¡Han visto nuestra nave! —exclamó María.

—Si son enemigos, no tiene gran importancia —repuso Lunner—, en tanto no nos vean a nosotros, ¿eh?

—Lo malo es que no tardarán en encontrarnos —dije, tratando de refrigerar el circuito del pesimismo, cuya tensión, de repente, se había elevado por encima de lo normal.

Lunner y María se miraron con aire de sorpresa. Moví la cabeza, indicando algo que se advertía claramente en la arena: las huellas de nuestras pisadas, que habían quedado allí grabadas de una forma que no admitía el menor género de duda.

Dije:

—Verán la nave llena de cadáveres, harán investigaciones y no tardarán en encontrar nuestro rastro. Entonces vendrán directamente

hacia aquí y…

Dejé el resto de la frase flotando en el aire, para que los dos humanos la concluyesen a su gusto, según sus propias deducciones. Era casi matemático que sucediese aquello y empecé a hacer trabajar a mis circuitos, tratando de que me buscaran la manera de salir de aquel atolladero. Yo carezco de instinto, y los dos humanos lo tenían, pero ninguno de los tres habíamos tratado de arriesgamos a salir fuera de nuestro refugio y llamar la atención de los recién llegados, ¿Era presentimiento?

Pero, súbitamente, la situación cambió de modo brusco. Un ruido de gran volumen se oyó entonces, un sonido como nadie lo habíamos escuchado antes y que, a decir verdad, puso escalofríos en la piel de los humanos.

Era una especie de rugido y bramido a la vez, con agudos tonos de silbidos, como procedente de alguna bestia de nueva especie, que estuviese dotada de varias gargantas, cada una de ellas capaz de emitir un sonido distinto y todas ellas de tamaño y potencia aterradora. El rugido se repitió varias veces y, con el primero, cesó instantáneamente toda actividad de los recién llegados.

Vi claramente sus rostros vueltos hacia el lugar de donde habían brotado aquellos espantosos ruidos. Adiviné la tensión que reinaba en ellos y también pude darme cuenta de que más de uno tanteaba el cinturón de su traje en busca de armas.

Igualmente, la media docena de hombres que habían sido destacados para investigar acerca de nuestra astronave, se habían detenido a poca distancia, acaso un centenar o dos de metros de la suya, escuchando aquel horrísono concierto, cuyos feroces trémolos se hacían por segundos más fuertes y estruendosos.

Súbitamente, María sin poderse contener, lanzó un grito, al tiempo que extendía su mano. En realidad, su advertencia era inútil, porque también Lunner y yo veíamos lo que ella estaba viendo.

Por unos momentos los tres nos quedamos absortos y estupefactos, sin poder dar crédito a lo que nuestros ojos estaban viendo. No, aquello no podía ser… y, sin embargo, «era».

En efecto, era una bestia horrenda, cuya existencia no tenía razón alguna de ser, como no fuera que se tratase de algún viejo superviviente de tiempos mejores en aquel árido planeta. Parecía reunir las cualidades morfológicas de algunos de los monstruos

antediluvianos de nuestro planeta, combinadas con otras características completamente inéditas, que hubieran hecho desmayarse de gozo al conservador de un Museo de Historia Natural.

En primer lugar, mediría unos seis o siete metros de altura, por el triple de longitud. Poseía seis patas, las dos delanteras muy cortas, apenas mayores que las piernas de un humano, pero terminadas en unas potentes y afiladísimas garras, cuya sola vista hacía estremecer. El dorso estaba recorrido en toda su longitud por una doble serie de agudísimas espinas, que alcanzaban unos dos metros de máxima altura hacia el centro de su enorme corpachón, que se prolongaba en dos colas de una docena de metros, terminadas en una especie de gigantescos aguijones duros y puntiagudos, muy parecidos a los de los escorpiones.

La cabeza era bastante grande, de forma cuadrada, y en ella se veían, aparte de unas fauces en las cuales hubiera cabido un hombre sin agobios de espacio, cuatro enormes ojos, de cincuenta o sesenta centímetros de diámetro cada uno, tres situados en el frente y otro en la base de un enorme cráneo, permitiéndole así la visión de lo que sucedía a sus espaldas. Le calculé un peso de veinte o treinta toneladas, pero, a pesar de todo, la bestia se movía con enorme agilidad, galopando furiosamente hacia adelante en línea recta con la velocidad de un tren expreso.

El suelo retembló bajo los impactos de sus cuatro grandes patas, ya que el par delantero no era utilizado para la locomoción. Pensé que el animal, al que no pude catalogar en ninguna de las especies conocidas, debía servirse de éstas para ayudarse en la caza de sus presas, y poco hube de esperar para confirmar tal hipótesis.

Los recién llegados también lo vieron e inmediatamente se aprestaron a la defensa. Varias detonaciones estallaron bajo el vientre de la nave, pero pretender detener a aquella colosal bestia con unas simples pistolitas, era empeño inútil.

De pronto, el tractor que se hallaba bajo la nave, se puso en movimiento. Era evidente que su conductor había visto los esfuerzos de sus compañeros y se había percatado de la futilidad de éstos, por lo cual, el hombre recurría al único medio que podía salvarle la vida: la huida.

Tres o cuatro de sus compañeros, más ágiles que el resto, consiguieron saltar sobre el tractor, pero los otros se quedaron allí. La fiera, lanzando atronadores rugidos, se precipitó a toda velocidad contra la

nave.

—¡Eso no, eso no! —gritó Lunner, como si el animal pudiera entenderle.

Comprendí al instante lo que le ocurría al joven. Por encima de todo, hubiera querido preservar al aparato de todo daño, ya que era nuestra única posibilidad de salvación. Pero no podía hacer nada, y le vi morderse de rabia los puños.

También comprendí que el aparato era una presa difícil de roer para la fiera, pero que ésta no dejaría de causarle serios perjuicios si se obstinaba en tomarlo como un enemigo. Y, en efecto, tales parecían ser sus intenciones, porque unos segundos más tarde, con enorme estruendo, su cabeza chocó contra uno de los costados de la astronave.

El durísimo impacto empujó a la nave de modo lateral unos cuantos metros y durante aquel corto espacio de tiempo abrigué la esperanza de que el instinto de la fiera le advirtiese que el colosal aparato era un bocado muy duro de digerir para ella. Pero, aunque no hiciese nada más, ya había causado el suficiente daño, porque, repentinamente, una de las patas del tren de aterrizaje cedió y la nave se inclinó del costado de estribor.

La bestia vaciló unos segundos, pues hasta aquel choque había sido demasiado fuerte para ella. Después, separándose, emitió un sonoro berrido, como retando a la nave, que acaso debía parecerle un animal enemigo. Los disparos de los humanos continuaban estallando.

El monstruo dio un salto hacia adelante y atrapó a uno de los tripulantes de la nave con sus patas delanteras, llevándoselo a la boca. El desdichado pataleó y chilló, horrorizado y espantado por la suerte que le esperaba, pero todos sus esfuerzos, aun los de dispararle la pistola a boca de jarro, en plena boca, fueron inútiles. Aquellas enormes mandíbulas se cerraron en seco con chasquido, y el humano desapareció totalmente entre ellas. Algunos goterones de sangre cayeron al suelo, y eso fue todo.

—¡Dios mío! —oí que exclamaba María, llena de un lógico horror.

Enloquecida por el sabor de la sangre, la fiera abandonó definitivamente la nave y se dedicó a perseguir enconadamente a los pobres tripulantes que no habían conseguido huir en el tractor. Uno tras otro, de modo implacable, fueron cayendo en sus garras y devorados, como el primero, de un solo bocado. Alguno fue alcanzado de lleno por un furioso coletazo, que lo destrozó, pero en unos

instantes ninguno de aquellos desdichados quedó con vida para poder contarlo.

Mientras tanto, el vehículo corría velozmente hacia la muralla, de tal forma que llegué a pensar que su piloto había perdido el uso de la razón y que acabaría estrellándose contra los farallones.

Pero no ocurrió nada de lo que yo temía. Vi guiñar tres o cuatro veces los faros del tractor y luego éste, de modo completamente limpio, desapareció de nuestra vista, tragado por la tierra.

El hecho nos dejó a los tres completamente estupefactos y no hubiéramos sabido reaccionar de no haber sido porque, en aquellos momentos, el monstruo estaba aún terminando de liquidar a los humanos.

Cuando acabó con el último de ellos, la fiera empezó a galopar en torno a la nave, emitiendo sonoros berridos, como si retase a combatir a la astronave. Al cabo de media docena de vueltas, el monstruo se detuvo y reculó, sin dejar de chillar desaforadamente.

—Esta es la nuestra —dije yo entonces.

Ambos me miraron.

—¿Cómo? —exclamó Lunner.

—Sí. Ahora o nunca. Tenemos ahí una astronave completamente intacta, capitán, a excepción de una de sus patas de aterrizaje. ¿Por qué no apoderarnos de ella?

—Pero, aun cuando lo consiguiéramos, no podríamos despegar, Kabé.

—Ya sé lo que quiere decir, capitán —le contesté—; pero usted es de sobra buen astronauta para intentar desde el suelo una transición subespacial y salir, así, a un punto situado a muchísima distancia de este planeta.

—Puede ocurrir que falle, Kabé, y entonces moriríamos.

—¿Por qué? —preguntó María.

—Si la cosa sale bien, no ocurriría nada, porque reapareceríamos en el espacio. Ahora bien, puede suceder que me equivoque y un solo metro de error en los cálculos sería más que suficiente para que la astronave reapareciese, pero en el interior de Heraflion Y todavía, que yo sepa,

existe una ley de impenetrabilidad de los cuerpos. Dos cuerpos situados en el espacio no pueden ocupar el mismo lugar, ¿me comprende?

María asintió, pálida.

—Sí, pero hay que hacer algo; no podemos permanecer aquí quietos, brazo sobre brazo —dijo.

—Muy bien —contestó Lunner—; entonces, Kabé y yo vamos a despejar el camino.

—¡Qué! —exclamó María—. ¿Van a luchar con el monstruo?

Cogí mi pistola de manos de la princesa, sin que ella opusiera resistencia alguna.

—Eso es, exactamente, lo que vamos a hacer. ¿Capitán?

—Sí, Kabé —repuso Lunner, echando a andar decididamente.

Los rayos de Arturo nos azotaron coléricos apenas salimos de la protección de la sombra. Mientras que caminábamos en dirección al monstruo, que continuaba bramando y retando a la silenciosa astronave, combinamos rápidamente un plan de batalla, que dio por resultado que nos separáramos un poco, a fin de coger a la bestia entre dos fuegos.

No tardamos mucho en llegar a distancia de tiro. Lunner y yo estábamos a una distancia de cincuenta metros entre ambos, cuando el ojo posterior de la fiera captó nuestras imágenes.

Inmediatamente el colosal animal, que parecía, aún mayor visto desde tan cerca, giró en redondo, en tanto que su doble cola batía el aire con estremecedores chasquidos. Su boca se abrió y se cerró varias veces, haciendo crujir sus dientes con siniestros crujidos.

Miré a Lunner y éste me devolvió la mirada. Avanzamos unos cuantos pasos más y, de pronto, sin previo aviso, el monstruo se lanzó al ataque.

El suelo tembló bajo el cuádruple impacto de sus patas. Lunner aguantó a pie firme la carga, y su mano no tembló cuando se levantó para apuntar hacia el monstruo.

Mientras, éste me había vuelto la espalda y yo, fríamente, solté mi

primer disparo. La bala me salió acaso un poco alta y estalló sobre su lomo con sonoro fragor.

Una docena de aquellas espinas volaron por los aires y, el animal, enormemente sorprendido, se detuvo casi en seco, volviendo la cabezota y tratando de sacudirse aquello que le picaba en la espalda. Lunner aprovechó la ocasión y le soltó un tiro que le destrozó completamente una de las patas delanteras.

El animal soltó un horrendo rugido, que estremeció la atmósfera. Disparé de nuevo, ahora con mejor puntería, y al instante vi en el costado de la fiera un enorme boquete por el cual empezó a salir un arroyo de sangre negruzca que empapó la arena.

El monstruo rugió de una manera indescriptible. Agitó su doble cola, golpeando enloquecido con ella el suelo y levantando nubes de arena. Pero era evidente que se encontraba en franca desventaja con nosotros.

Sin embargo, no debíamos correr en modo alguno el riesgo de aproximarnos demasiado. Todavía conservaba la suficiente vitalidad para destrozarnos de un coletazo o partirnos en dos con sus dientes. Lunner disparó de nuevo, y un caño de sangre brotó al instante del grueso pescuezo de la fiera.

Ciego por el dolor que le causaban sus heridas, el animal saltó hacia adelante, arrojándose sobre mí. Tras él quedaba un verdadero río de sangre, pero necesitaba perder aún mucha más para que empezara siquiera a desfallecer. El animal aumentó de volumen casi repentinamente.

Levanté el brazo de nuevo y apunté a su cabeza, cuya boca se hallaba a metro y medio por encima del suelo. Cuando estaba a diez metros de mí, apreté el gatillo y luego eché a correr hacia un costado.

Toda la parte inferior de la cabeza desapareció tras la explosión de la bala de supercarga. Pero el impulso que la llevaba la bestia era demasiado fuerte para detenerla y así me pasó casi, rozando, en tanto que el suelo temblaba bajo mis pies, como sacudido por un terremoto.

En el mismo momento en que el monstruo me rebasaba, giré sobre mis talones y apreté el gatillo dos veces en rápida sucesión. Dos proyectiles impactaron sobre su costado, reventando con sonoros estampidos y abriendo en su piel sendos boquetes, cuya sola vista impresionaba.

Retrocedí unos cuantos pasos hasta ponerme fuera del alcance de la cola del animal, el cual se había detenido, pues ya empezaba a perder las fuerzas. Con más lentitud ahora, se detuvo, chapoteando sobre su propia sangre y sus ojos delanteros me miraron con inmensa rabia.

Una detonación estalló a mis espaldas. Lunner acababa de disparar y su bala reventó en el centro de la cabeza del animal, haciéndosela desaparecer por completo. Quedó solamente un cuello decapitado, por el que salían verdaderos torrentes de sangre, y que se agitaba espasmódicamente como una serpiente partida por la mitad.

Convulsos temblores acometieron al cadáver del monstruo, que aún se mantenía en pie. Sus patas centrales se doblaron luego, y poco a poco, la fiera se fue acostando, hasta quedar inmóvil en el suelo, que estaba completamente rojo en torno suyo.

Lunner se me acercó con lento paso, secándose el sudor que le caía a chorros por el rostro.

—¡Diablo de bestia! —exclamó, mirándola aún con aprensión—. Creí que no íbamos a poder con ella.

Con el rabillo del ojo vi a María, que se nos acercaba anhelosamente a todo correr. Dije:

—Me gustaría saber dónde se metieron los tipos que consiguieron salvarse con el tractor.

Lunner se encogió de hombros.

—A mí me da una higa de ellos. Si los mecanismos fundamentales de la nave no han sufrido daño alguno, dentro de unos minutos estaremos muy lejos de este condenado planeta, ¿Vamos?

Fuimos hacia la nave los tres, pues María se nos había unido ya. Ascendimos por la escalera situada a su costado, después de haberla situado en debida posición, y uno tras otro fuimos pasando al interior del aparato.

El último en entrar en la nave fui yo y apenas lo había hecho cuando, de modo totalmente inesperado, una voz se oyó a espaldas nuestras.

—¡No se muevan si quieren seguir viviendo! ¡Suelten las armas y no hagan el menor gesto sospechoso; de lo contrario, tiraré a matar!

CAPÍTULO VIII

Después que hubieron sido pronunciadas aquellas palabras, inmediatamente sucedió un denso silencio. Por unos instantes permanecimos los tres completamente inmóviles, incapaces de reaccionar a causa de la enorme sorpresa que nos había causado el saber que no estábamos solos dentro de la nave.

Una risa de siniestros trémolos resonó a nuestras espaldas. Escuché unos pasos y luego un hombre, con una pistola en cada mano, apareció ante nuestras pupilas.

Inmediatamente, un triple grito de asombro se escapó de nuestras gargantas. En lo que a mí respecta, estuve a punto de sufrir alguna avería, pero una oportuna e instantánea reducción del voltaje interno, que se había elevado demasiado, volvió las cosas a su estado normal.

El hombre de las pistolas rio nuevamente.

—¡Vaya! ¿Quién iba a decirme que les iba a encontrar de nuevo aquí, eh? ¿Quién hizo el milagro de salvarles de mi torpedo?

Los dientes del Lunner rechinaron de rabia.

—Eso no le importa a usted, señor pirata. Lo que nosotros queremos saber es quién le paga a usted para matarnos.

El hombre-lobo se echó a reír.

—¿Pagarme? ¡Qué frase tan horrible, capitán Lunner! No, nadie me paga, si es eso lo que usted quiere saber. Lo único que pasa es que… no suelo dejar gente viva detrás de mí cuando doy uno de mis golpes, ¿comprende? Los muertos no hablan, capitán.

Y se encogió de hombros. Tanto Lunner como yo, una vez liquidada la fiera, habíamos enfundado nuestras pistolas, y no nos era posible sacarlas sin exponernos a recibir un balazo. Aunque esta consideración estaría mejor hecha en singular y referida al joven, puesto que yo no podía atacar a un humano, aun siendo un perfecto sinvergüenza y asesino como el que teníamos enfrente.

—¿Es eso lo que piensa hacer con nosotros, señor pirata? —preguntó

Lunner.

El individuo vaciló un momento; luego acabó por decir:

—Podemos hacer un trato, capitán Lunner.

—Yo no hago tratos con asesinos… —empezó a decir el joven, pero entonces miré a la princesa y esta, comprendiéndome, puso una mano sobre el brazo de Lunner.

—Veamos, señor pirata, cuál es el trato que usted tiene que proponernos, y una vez que lo sepamos, podremos discutir si nos conviene o no.

El forajido se echó a reír.

—En la situación en que se encuentran, ya lo creo que les conviene el trato.

—Yo no admitiré ningún compromiso… —gruñó Lunner.

Pero nuevamente María volvió a interrumpirle.

—Capitán Lunner, no olvidé usted por un momento que se encuentra a mi servicio y que hay decisiones que yo tomo y usted acata. Ahora no está usted a bordo de su nave, ¿me entiende?

El rostro del joven se congestionó, al borde del estallido. El pirata rio una vez más.

—¡Caramba con la gatita! —exclamó—. Tenía las uñas escondidas, pero las ha sacado a relucir de nuevo, y muy oportunamente por cierto. Bien, hermosa, entonces haré el trato con usted.

—¿Cuál es su proposición, señor pirata? —inquirió ella, con glacial acento.

—En primer lugar, que no me llame más así; mi verdadero nombre es Hochester.

—¡Un terrestre! —exclamó el capitán Lunner, sorprendido.

—Sólo de nombre, capitán. Lo llevo… porque es mi gusto y éste es un sitio muy poco transitado por las patrullas del espacio, eso es todo —contestó desvergonzadamente el pirata.

—Bien, dejemos esto y escuchemos de una vez su plan, Hochester —

dijo María impaciente.

—Es muy sencillo —contestó el aludido—. Conozco la reputación astronáutica del capitán Lunner y sé que es un artista en su profesión. Tal como estamos y en el lugar en que nos hallamos, es inútil intentar reparar la pata del tren de aterrizaje que esa maldita bestia nos ha estropeado. Lunner nos sacará de aquí, haciendo directamente un despegue subespacial y luego yo les dejo libres, sin más extorsión, en el lugar que les acomode.

—¡Trato hecho! —exclamó María impulsivamente.

Pero Lunner aún tenía algo que decir.

—¡Un momento, un momento! Vayamos por partes. Agradezco al capitán Hochester los elogios que ha hecho de mí, pero antes de emprender nada, he de decir que la cosa no es tan sencilla como parece.

—Ya me lo suponía yo, capitán —repuso el pirata—; por eso les hice la proposición que acabo de exponerles.

—Necesitaré algún ayudante. Una nave capaz de navegar por el subespacio no es un cohete lanzadera, cuyos mandos apenas si se diferencian de los de un avión atmosférico. Aquélla es un poco más complicada de manejar y necesito gente que me ayude, no sólo para la maniobra inicial, sino para, después en el espacio, reparar la pata de aterrizaje averiada.

—Aquí estamos cuatro —dijo Hochester.

—Tres —objetó Lunner —. La princesa no entiende de esto.

—¿Princesa? —arqueó Hochester una ceja, enormemente sorprendido.

—Princesa María —dijo ella, altivamente—, hermana del rey Zhuwuddar de Fizeon.

Hochester se repuso casi inmediatamente de la sorpresa. Hizo una inclinación y dijo:

—Princesa, estoy de acuerdo con lo que dice el capitán Lunner. Posiblemente, nosotros tres somos pocos, pero podemos tener en cuenta que otros tantos, al menos, se han salvado del acoso de la bestia. ¡Diablo de animal!; me ha diezmado la tripulación.

—¡Es cierto! —exclamó María entonces—. ¿Qué ha sido de los otros?

Hochester se echó a reír.

—¡Los muy sinvergüenzas! Están en nuestra cueva, bien resguardados,

María hizo un gesto de asentimiento.

—Me parece que empiezo a entenderle a usted, capitán. Éste debe de ser su escondite secreto, donde guardan ustedes el producto de sus rapiñas, ¿no es eso?

—Celebro; infinito su clarividencia, princesa —dijo muy divertido Hochester—. Sí, así es; como usted lo dijo. ¡Qué coincidencia encontrarnos aquí!, ¿eh?

—Basta ya de palabras —cortó Lunner, súbitamente molesto—. Si hemos de partir de aquí, hagámoslo cuanto antes. ¿Dónde están sus hombres, Hochester?

—En la cueva, ya se lo he dicho. Tendremos que ir a buscarlos.

—¿No hay medio de llamarlos desde aquí? —preguntó María.

—No —repuso el hombre-lobo con firme acento—. Una de las cosas que no he tolerado nunca ha sido la instalación de un aparato de radio en la cueva. Eso me hubiera supuesto exponerme a una puñalada por la espalda, en forma de posible delación si en alguna ocasión precisé dejar aquí a alguno de mis hombres, ¿comprende?

María asintió.

—Es lo mismo. Puesto que ya está hecho el convenio, capitán Hochester, cuanto antes vayamos allí, será mejor para todos. Aquí estamos perdiendo demasiado el tiempo.

Por unos instantes, el pirata estuvo contemplando a la joven de arriba abajo, examinándola detenidamente con crítica mirada. Después, dijo;

—Perfectamente, princesa. Así como así, creo que a usted le conviene visitar nuestro antro. Allí podrá bañarse y cambiar de ropa... ¡Sus armas por favor, caballeros!

Con gesto renuente, Lunner hizo lo que le pedían. Yo también entregué mi pistola a Hochester e, inmediatamente, salimos de la astronave, no sin percatarme de que el pirata tomaba una antorcha eléctrica que pendía de una abrazadera junto a la escotilla de salida.

Recordando los guiños que el conductor del tractor hiciera con los faros, no me fue muy difícil saber lo que Hochester pensaba hacer con la linterna. Una vez más caminamos bajo los inclementes rayos de Arturo, pero ahora en una dirección muy distinta, bastante alejada de la grieta en que nos habíamos refugiado a nuestra llegada, a unos cuatrocientos metros a la izquierda de ésta.

Al llegar a unos diez metros de los farallones, Hochester hizo oscilar la luz de su antorcha.

—¿Ha leído usted el cuento de «Alí-Babá y los cuarenta ladrones», verdad, Hochester? —inquirió Lunner.

—Lo dice por mi nuevo procedimiento de abrir los muros, ¿eh? —sonrió el aludido, al mismo tiempo que un enorme lienzo de roca se deslizaba a un lado, dejando ver la negra abertura de una cueva.

—Cuando menos no se irrita uno la garganta gritando: «¡Sésamo, ábrete!» —dijo Lunner con reflexivos acentos.

Una vez que el paso estuvo franqueado, avanzamos de nuevo. Al hallarnos bajo la bóveda de la cueva, Hochester giró sobre sus talones e hizo funcionar de nuevo la linterna. El trozo de roca volvió a cubrir la entrada, dejándonos sumidos en la más absoluta oscuridad.

Sin embargo, las tinieblas duraron muy poco, apenas cinco segundos. Casi en el acto, una suave luz difusa iluminó el interior de la cueva, permitiéndonos examinarla a nuestro antojo.

La cueva era de gran amplitud, y se extendía en varias ramificaciones que avanzaban bajo la tierra en distintas direcciones. Era evidente que había trozos hechos por la naturaleza y otros en los cuales la acción de la mano del hombre era harto visible. Pero por todas partes se veían cosas que indicaban la rapacidad de Hochester y sus secuaces.

Cajas repletas de toda clase de objetos de valor, amontonadas por todos los rincones, sin el menor orden de colocación, ocupaban gran parte del espacio de la cueva, dejando apenas espacio para poner los pies. Renuncio a la descripción de lo que allí había, porque era demasiada fantástico y, realmente, mareaba la contemplación de tanta riqueza, acumulada a lo largo de muchos años de crímenes y depredaciones sin cuento.

Surgiendo de las profundidades de la cueva, tres o cuatro hombres-lobo avanzaron hacia nosotros, con las pistolas en la mano. En principio, su actitud era agresiva, pero pronto cambiaron el gesto al

ver a Hochester con nosotros.

Hochester se puso a insultarlos ferozmente, de un modo atroz, sin que ninguno de aquellos individuos osara replicarle tan siquiera, Con las cabezas inclinadas, soportaron el roción que les largaba su jefe y cuando Hochester se hubo quedado sin aliento, se dirigió hacia nosotros.

-Ahora les proporcionaremos ropas limpias. También tenemos sitios donde pueden bañarse y asearse.

—Esa es una noticia que reconforta, ciertamente, Hochester —dijo Lunner—. Me extraña, sin embargo, de que un planeta tan árido como Heraflion pueda disponer de tanta agua como para permitir el baño a unos humanos.

Hochester nos guiñó un ojo alegremente.

—Dispongo de recursos —dijo—, que les harían caer de espaldas si los conocieran. Sígannos, por favor.

Sin mirarnos tan siquiera, seguro de que no podíamos intentar nada que pudiera perjudicarle, Hochester echó a andar por uno de los túneles que afluían a aquella especie de vestíbulo que daba a la salida de la caverna. El túnel mediría unos doce o catorce metros de altura por la mitad de anchura y también estaba brillantemente iluminado, sin que se viera en ninguna de sus misteriosas anfractuosidades lámpara alguna.

No me hizo falta preguntar nada para saber que la luz que nos permitía la visión era simplemente una suspensión de fotones o corpúsculos luminosos en la atmósfera, provocada por un mecanismo físico que todavía no había tenido tiempo de estudiar. Era algo así como si todo el aire que nos rodeaba se hubiera convertido en el gas de una lámpara de neón, pero de proporciones colosales, en realidad, las de la cueva y sus ramificaciones.

Unos minutos más tarde llegamos a un punto donde se advertían varias puertas situadas en los mismos muros de la gruta. Hochester abrió una de ellas y dijo:

—Para usted, princesa. Ahora mismo le traerán ropas para cambiarle. En cuanto a ustedes dos, podrán asearse en la estancia contigua.

Lunner fue prudente y no dijo nada, excepto agradecer con una corta frase la atención del pirata. El joven y yo pasamos dentro de la

habitación que se nos había asignado, en tanto la puerta se cerraba a nuestras espaldas.

Cuando nos quedamos solos, Lunner quiso hablar, pero yo me llevé el dedo índice a los labios, en un gesto harto significativo. El joven arqueó las cejas inquisitivamente, pero no quise satisfacer su curiosidad hasta que, poco más tarde, uno de los piratas entró con un brazado de ropas limpias en las manos.

Tomé las prendas de vestir, cambié un par de palabras sin trascendencia con el forajido, y luego volví a cerrar la puerta cuidadosamente.

Hice una señal con la cabeza y Lunner me siguió hasta el cuarto de baño que había al lado, cuya puerta también cerré. Ninguno de los dos hicimos, el menor caso de la aparente incongruencia que suponía la existencia a muchos metros bajo tierra de un cuarto de baño de un lujo asiático, con una bañera de pórfido verde que en nuestro planeta hubiera costado una fortuna, con gran número de accesorios para el aseo de excelente calidad todos ellos.

—¿Qué diablos te ocurre, Kabé? —preguntó Lunner, en voz baja, todo escamado.

—Simplemente, que esto no me gusta, capitán —repuse, en el mismo tono.

—¿Por qué?

—Verá, encuentro algo muy sospechoso en la conducta de Hochester. ¿No se ha dado cuenta de que apenas parpadeó al conocer la identidad de la princesa?

—Pues... sí, pero, ¿qué tiene que ver esto con lo que ahora nos está ocurriendo? ¿Qué otra cosa podríamos desear después de haber concertado el trato con él? Yo los saco al espacio y él nos deja en un sitio transitado, donde podamos continuar nuestro camino, ¿no es así?

Torcí el gesto.

—Aparentemente, sí, pero sigo sospechando que debajo de la falsa amabilidad de Hochester se esconde algo que todavía no hemos podido adivinar.

Lunner se echó a reír.

—¡Cuidado, Kabé! Si sigues así, causarás un daño a Hochester y éste es un humano, recuérdalo.

—Pero también ustedes dos lo son y decentes además, calidad de la que carece el pirata Hochester, capitán.

—En eso tienes razón, Kabé. Tendríamos que hacer algo, pero de momento no se me ocurre nada. ¿Y a ti?

—Por ahora, tampoco. Tendré que dedicarme a dar un repaso intensivo a mis circuitos memorísticos a ver qué es lo que puedo hacer estudiando situaciones anteriores más o menos semejantes. Mientras tanto, hágame un favor: no les diga a esas fieras humanas que soy un robot; ellos no parecen haberse dado cuenta todavía, ¿me comprende?

Lunner guiñó un ojo con aires de complicidad.

—Entendido, Kabé; así lo haré y se lo diré también a la princesa.

—Muy bien, capitán. Entonces, ahora lo mejor que puede hacer es bañarse y cambiarse de ropa, lo mismo que yo.

—¿Cómo? ¿También los robots os bañáis?

Solté una risita de circunstancias.

—Digamos que, en determinadas circunstancias, necesitamos pasar una esponja por nuestra epidermis de plástico para limpiarle el polvo que tiene encima. Con eso nos basta. Y ahora —agregué—, báñese y cámbiese de ropa; si tardamos mucho, acaso entren en sospechas que conviene evitar rotundamente.

CAPÍTULO IX

Al cabo de una hora más tarde, vino un pirata a buscarnos, acompañándonos a otra estancia en la cual se veía una gran mesa y varias sillas, dispuesto todo para la cena. Lunner me miró, pues para mí era realmente un compromiso tener que pasar por un humano y no comer, pero le tranquilicé con un guiño de párpados.

Pocos minutos más tarde la princesa hizo su aparición en el comedor.

Vestía una blusa y unos pantalones, y aunque las ropas no eran las adecuadas a su condición, las llevaba con un aire y una gracia tales que hacía olvidar inmediatamente la pobreza de su indumento.

Inmediatamente tomamos asiento y comenzaron a servir la cena. Salí de aquel mal paso, diciendo que, inadvertidamente, había tomado unos concentrados vitamínicos que llevaba en el bolsillo y que, por el momento, no sentía el menor apetito. María comprendió mi argucia al instante y supo callarse discretamente, cosa que le agradecí desde lo más íntimo de mis circuitos.

La cena transcurrió en un ambiente agradable, salvo por el hecho de que ninguno de los piratas se separaba de sus armas. El tema de la discusión fueron los animales que allí existían y sus condiciones de vida, con lo que el tiempo pasó apenas sin sentirse.

Al final, Hochester sacó a colación el asunto del despegue. Entonces vi llegada la ocasión de intervenir.

—Me parece que tendremos que dejarlo para dentro de unas horas —dije.

El pirata arqueó las cejas.

—¿Puede saberse por qué?

—Le convendría echar una mirada a su reloj terrestre, capitán. Verá que ha transcurrido un día casi entero y que, aunque aquí el día dura dos semanas terrestres, nosotros no podemos aguardar a tanto para dormir, ¿no es así, capitán Lunner?

El interpelado ahogó discretamente un bostezo.

Asintió.

—Mi amigo Kabé tiene razón. En efecto, creo que unas cuantas horas de sueño no nos vendrían nada mal. A usted, capitán Hochester, tanto le da salir de aquí dentro de diez o doce horas y nadie se va a llevar su nave, conque...

Hochester asintió, con un encogimiento de hombros.

—¡Sueño! —acabó por acceder—. Dentro del plazo que usted ha fijado pasaré a llamarles. ¿Necesitan mientras tanto algo más?

—Gracias, capitán —dije yo— Siempre tendremos muy en cuenta sus

amabilidades —y poniéndome en pie, terminé—: Hasta mañana —subrayé.

Acompañamos a María hasta la puerta de su habitación, después de lo cual Lunner y yo pasamos a la nuestra. Apenas nos hubimos quedado solos, el capitán se me arrojó encima.

—Kabé, maldito demonio, ¿qué nueva trapacería estás incubando dentro de tus circuitos?

—Salir de este atolladero lo mejor posible, ¿no le parece?

—Sí, pero, no veo el medio.

—Usted acuéstese, duerma tranquilo y déjeme a mí el resto. No se preocupe de más, ¿me entiende?

Lunner me arrojó una mirada oblicua con la cual quería expresar muchas cosas, pero no dijo nada, limitándose a encender un cigarrillo y a tumbarse en su lecho, mientras fumaba pensativamente.

Cuando el joven hubo terminado el pitillo, busqué un interruptor para la luz, hallándolo en la cabecera de los lechos. La luz se esfumó y entonces, por si éramos vigilados, yo me tumbé en el que me correspondía, empezando a hacer trabajar mis circuitos intensamente.

Hube de aguardar un buen rato antes de que, al fin, me decidiera a actuar. Dejé pasar al menos tres horas, con el fin de estar seguro de que los piratas estarían dormidos y entonces, en silencio, sin el menor ruido, me deslicé hacia la puerta.

Felicité a mis constructores por haberme acoplado a las células visuales el sistema de infrarrojos, lo cual me permitía ver en la obscuridad. Era ésta una innovación reciente y para mí, la primera vez que la probaba, de lo cual no quedé descontento ni mucho menos.

Pero, en el momento en que iba a salir, una mano se apoyó en mi hombro.

De haber sido un humano, el gesto lógico al sentir el contacto de aquella mano hubiera sido el de volverme y decir algo muy feo al propietario de la mano. Pero yo sabía quién era y, aun contrariándome en mis planes, no podía oponerme en ningún momento a sus deseos.

—De modo que te figurabas que podías largarte de aquí sin mí, ¿eh?

—susurró Lunner en la obscuridad.

—¿Qué le ocurre? ¿Está desvelado, capitán?

—No te hagas el ingenuo, Kabé. Echa a andar y sigue hacia donde ibas.

—Usted me estorba, capitán.

Lunner rio bajo.

—Dirás mejor que sin mí te podrías encontrar en un aprieto. Figúrate tú que uno de los piratas te acomete. ¿Puedes defenderte tú de un humano, siendo un robot?

La lógica de su argumentación era aplastante, de modo que hube de resignarme a su compañía.

—Está bien —dije—; pero procure no meter la pata, ¿estamos?

Sentí en el hombro una amistosa presión, lo cual indicaba que Lunner asentía y, sin más, terminé de abrir la puerta.

Salimos fuera. El corredor que daba a la gruta central estaba completamente desierto y, tal como yo había supuesto, en tinieblas. Pero mi dispositivo de infrarrojos funcionaba a las mil maravillas y gracias a él pudimos avanzar sin ningún contratiempo.

Una vez estuvimos en la encrucijada, me detuve. Lunner advirtió mis vacilaciones.

—¿Qué te ocurre, Kabé?

—Hay, aparte de la nuestra, tres ramas más que parten de aquí. ¿Cuál de ellas será la buena?

—No sé a qué puedes referirte, Kabé; pero me permitirás que te sugiera ensayemos una por una. ¿Cómo diablos te las apañas para guiarte tan bien en la obscuridad?

—Infrarrojos —contesté lacónicamente y, sin otro comentario, eché a andar hacia el corredor que tenía más cercano. De nada nos servía perder el tiempo en dudas que a nada práctico podían conducir.

Media hora más tarde, habíamos desandado el camino y nos hallábamos de nuevo en el punto de partida, con un íntimo sentimiento de disgusto que ninguno de los dos acertábamos a

disimular. Pero como habíamos decidido continuar actuando, nos metimos por el otro túnel.

Éste parecía ser más ancho y más largo que los otros. Su trazado era relativamente recto hasta unos cincuenta o sesenta metros de la ruta principal, en cuyo punto, además de torcer hacia la izquierda en un ángulo de unos sesenta grados, tomaba una dirección ascendente que hacía aconsejable la construcción de una escalera cuando antes, a fin de evitar fatigas innecesarias.

A diferencia de los demás, este túnel no tenía almacenadas en él ninguna de las cajas que habíamos visto en el otro, y además, el pavimento, aun siendo en cuesta, era muy liso, sin el menor accidente. Esto me intrigó notablemente, pero no habríamos de tardar mucho en tener la explicación correspondiente.

Continuamos caminando durante un buen rato. Bruscamente, me di cuenta de que el túnel se concluía en un muro que, si bien era de roca, se advertía demasiado liso para no sospechar que era una puerta que conducía a algún sitio, por el momento ignorado de nosotros.

Lunner se dio cuenta de mi detención e inquirió las causas.

—El túnel se ha acabado —dije, y entonces, él encendió una cerilla.

Ahogué una maldición y, de un manotazo, a riesgo de hacerle daño y de violar, por tanto, la ley fundamental de la robótica, le golpeé en la muñeca, apagando el fósforo.

Lunner empezó a decir algo insultante para los robots irrespetuosos con los humanos, pero no pudo terminar. Algo estaba ocurriendo y tan insólito era que a él le cortó la respiración y a mí me elevó el voltaje.

El trozo de muro empezó a descorrerse hacía un lado, dando entrada a la radiante luz del exterior. Ajusté mis circuitos visuales a la nueva intensidad de iluminación, en tanto que Lunner guiñaba los ojos para habituarse a la deslumbradora luz de Arturo.

En un segundo comprendí lo ocurrido. Gracias a la inesperada ocurrencia de Lunner, la luz del fósforo había activado la célula fotoeléctrica que accionaba el mecanismo de apertura de aquella singular puerta, sin cuya casualidad, jamás habríamos podido salir al exterior.

Así lo hicimos, contemplando entonces un espectáculo realmente asombroso, lo cual no me impidió colocar una gran piedra entre el

dintel y la puerta con objeto de poder regresar de nuevo al túnel con toda facilidad. Si alguien activaba el mecanismo de la puerta en sentido inverso, ésta no podría cerrarse del todo, quedando bloqueada por la piedra que yo había colocado allí.

Lunner, sin poderse contener, exclamó:

—Kabé, viejo zorro, ¿habías sospechado tú esto que estamos viendo?

—Tanto como eso, no, capitán, pero sí algo por el estilo. De todas formas, tal instalación sobrepasa a cuanto pudiéramos imaginarnos.

Mis palabras no encerraban la menor exageración. En primer lugar, advertí que nos hallábamos en la parte alta de los farallones, sobre una meseta de gran extensión, de tal modo que, desde abajo, resultaba imposible divisar lo que teníamos allí ante nuestra vista. Era lógico, pues, que nos hubiese pasado desapercibida aquella gigantesca batería de espejos solares que, aprovechándose de la fabulosa, energía emitida por Arturo y que ellos captaban con sus reflectores, producían una cantidad tal de fuerza, cuyo cálculo, aun aproximado, causaba verdaderos mareos,

Cada espejo, en forma cóncava, mediría muy bien unos treinta metros de diámetro, y estaba orientado hacia Arturo, de modo que pudiera aprovechar íntegramente la potencia calórica de los rayos de la estrella. En su centro se veía el tubo que contenía el mercurio que, vaporizándose al recibir el terrible calor que concentraba el espejo, movía las turbinas que más adelante producían la energía eléctrica de un modo, aparte de baratísimo, constante. Había al menos una veintena de aquellos espejos y, además, pudimos apreciar otras instalaciones en altas torres metálicas, entre las cuales divisamos algunas emisoras de radio subespacial, así como detectores de diverso género, cuyas antenas estaban girando lenta y continuamente.

Cuando se hubo rehecho un poco de la impresión que le había causado aquel sensacional descubrimiento, Lunner dijo:

—Todo esto es estupendo, maravilloso; pero, sin embargo, me gustaría saber para qué sirve.

—Me parece que yo empiezo a comprenderlo, capitán. No obstante, antes de dar una opinión errónea, me gustaría hacer algunas comprobaciones.

—¿Por ejemplo?

No contesté; mis sensibles células visuales acababan de captar un movimiento extraño en la meseta y, tirando de uno de los brazos de Lunner, lo eché a un lado, tratando de escondernos.

El camino que salía del túnel lo hacía en forma de trincheras hasta alcanzar el nivel de la meseta. Era evidente que la lisura de su pavimento se debía al hecho de que tenía que permitir el tránsito de vehículos de carga por encima de él, de modo que los objetos que las astronaves descargaban en el lugar donde habíamos visto descender a la de Hochester, eran transportados a través de la cueva hasta lo alto de la meseta, como medio más fácil y menos trabajoso de llegar hasta allí. Un montacargas en el borde de los farallones no hubiera sido conveniente ni económico.

Asomando la cabeza con precaución, vimos una especie de «jeep» que corría con un par de individuos a bordo, sorteando los postes que mantenían en alto las instalaciones. El «jeep» recorrió un par de centenares de metros, ajenos sus ocupantes a nuestra presencia, y luego, repentinamente pareció hundirse en tierra.

—Esta meseta, parece un queso lleno de agujeros —comentó Lunner.

—Seguramente debe haber una infinidad de cuevas y túneles bajo ella —dije y, acto seguido, añadí—: ¿Qué le parece si nos vamos a dormir?

—¡Ni hablar! —exclamó Lunner impetuosamente—. Vamos a ver qué ha sido de esa pareja de forajidos.

Ahogué una sonrisa. Lunner había hecho exactamente lo que yo deseaba y evitando todo comentario, le seguí.

Por unos cuantos minutos, caminamos bajo aquella intrincada red de postes metálicos que sostenían los espejos solares, así como las antenas detectoras. Era una instalación completísima y el hombre que la había mandado construir se había gastado el dinero sin tasa.

Llegamos al punto donde habíamos viste desaparecer al «jeep», hallando que era el camino de acceso a otro túnel similar a aquel por donde habíamos salido de la cueva. Pero en éste la puerta estaba cerrada y, con la fuerte iluminación que allí había, llegué a temer que no bastaría una simple cerilla para activar la célula fotoeléctrica que impulsaba a moverse al mecanismo de apertura.

No se veía cerradura ni nada parecido.

Empecé a pensar el medio mejor de colarnos allí adentro, sin dar con

ninguno viable. Careciendo de una lámpara que nos pudiera proporcionar la suficiente intensidad de luz con la que activar la célula fotoeléctrica que hacía de cerradura en aquella colosal puerta, sólo nos quedaba utilizar la dinamita... cosa de la cual no teníamos ni un solo grano en las manos.

Lo único que cabía era esperar a que alguien saliera y esto es lo que hicimos, soportando estoicamente los ardientes rayos de Arturo, sin que nada pudiera librarnos de sus furores.

El tiempo empezó a hacérsenos insoportablemente largo, incluso a mí, que, siendo una máquina, es una dimensión que carece de significado alguno. No soy humano y, por lo tanto, no envejezco; lo único que puede suceder es que se me averíe o desgaste una pieza y entonces, con reponerla, en paz. Lunner, no obstante, se portó como los buenos, tostándose al sol como un lagarto y tan inmóvil como éste.

Así permanecimos un larguísimo espacio de tiempo hasta que, de pronto, la entrada del túnel empezó a deslizarse a un lado. Lunner y yo nos habíamos apostado al borde de la trinchera y allí, asomando apenas los ojos, aguardamos.

Un vehículo muy parecido al «jeep» surgió de la negrura de la cueva, tripulado por dos hombres-lobo. Indiferentes, ajenos por completo a nuestra presencia, aquellos dos seres continuaron su camino, ascendiendo por la pendiente con dirección a la meseta.

Por unos momentos, vacilé acerca de mi comportamiento. Aun no habiéndomelo dicho, sabía lo que iba a hacer Lunner y pensé en imitarle. Pero al instante un timbre de alarma rechinó dentro de mi organismo mecánico. No podía actuar de la forma en que iba a hacerlo mi compañero; con aspecto de lobos o no, aquellos dos seres tenían inteligencia humana y esto, para un robot, era más que suficiente.

Se lo advertí a Lunner y éste se encogió desdeñosamente de hombros. Como parecía muy capaz de entendérselas con aquellos dos salvajes, lo dejé que actuara a su antojo y, efectivamente, en cuanto el «jeep» estuvo bajo nosotros, Lunner saltó sobre el vehículo, cayendo en su parte posterior.

Los dos ocupantes del vehículo se sobresaltaron enormemente al darse cuenta de la presencia de una persona extraña en su coche. Pero antes de que pudieran reaccionar, la pistola de Lunner golpeó duramente el cráneo de uno de les hombres-lobo, desmayándole instantáneamente.

Acto seguido, y siempre obrando con grandísima rapidez. Lunner asió

por el cuello al otro forajido, que era el que conducía el vehículo y le clavó el cañón de la pistola en la nuca.

—No te muevas o te abraso—le susurró al oído, en tanto yo me acercaba al carruaje.

El hombre-lobo, con una epidermis aún más verdosa de lo que habitualmente la tenía, asintió. Mientras tanto, yo había llegado al «jeep» y estaba desembarazado el asiento anterior del estorbo que era el otro pirata.

—Sería mejor que los dejáramos aquí —sugirió Lunner.

—Por supuesto —contesté —, pero después de que nos hayan abierto la puerta, ¿no le parece?

Lunner asintió.

—Tienes razón, Kabé. Guía tú el «jeep»; yo me encargo mientras tanto de esta fiera.

Hice lo que decían, en tanto Lunner y su cautivo se instalaban en el asiento posterior. Puse de nuevo en marcha el vehículo, al cual hice girar en redondo, y lo encaminé hacia la entrada de la cueva, deteniéndolo a pocos metros de la misma.

Esperé las órdenes de Lunner.

—Ahora —dijo Lunner, dirigiéndose al hombre-lobo—, nos vas a decir cómo se abre esa puerta. ¿Cuál es la contraseña que influencia la célula fotoeléctrica que mueve el mecanismo de apertura?

Su interlocutor no se resistió.

—Tres destellos rápidos, dos lentos, uno rápido y tres lentos —dijo el salvaje.

—De acuerdo.

Accioné el mando de los reflectores en la forma descrita y al instante, el enorme lienzo de muro, capaz de dejar pasar cómodamente a tres o cuatro trenes de carga a la vez, empezó a deslizarse silenciosamente a un lado. Era una colosal obra de ingeniería, que sin duda había debido costar sumas enormes, pero algo debía haber al otro lado que justificaba ampliamente el trabajo en ella empleado.

Puse el motor en marcha.

Un seco chasquido sonó a mis espaldas. Por el retrovisor del «jeep» pude ver el cuerpo del hombre-lobo, atontado de un culatazo, cayendo al suelo. Lunner, sonriendo fríamente, dijo entonces:

—Vamos adentro, Kabé.

Pisé el acelerador, arrancando, al mismo tiempo que decía:

—Lo único que siento es que aquí no debe haber repuestos robóticos, porque me está pareciendo que cuando todo haya terminado, yo sólo seré un montón de metal y plástico, apto únicamente para la chatarra.

Lunner se echó a reír.

—¡Pesimista! —exclamó, en tanto cruzábamos bajo el dintel de la entrada.

CAPÍTULO X

La puerta se cerró suavemente detrás de nosotros, cosa que provocó una ligera crispación de las manos de Lunner. A fin de cuentas, acabábamos de pasar nuestro Rubicón y ninguno de los dos podíamos prever lo que iba a suceder después.

El camino descendía en suave pendiente, por un túnel que, a diferencia del otro, se retorcía varias veces sobre sí mismo, con el fin de facilitar el acceso al interior de la cueva, sobre nuestras cabezas se veía una auténtica maraña de cables y conductores, todos los cuales procedían de las baterías de espejos y de los detectores que había afuera, yendo a parar, sin duda, a la fábrica o a la central que había en las entrañas de aquella meseta.

A la cuarta curva, un hombre salió frente a nosotros. Lunner tensó todos sus músculos.

—¡Eh, vosotros! —exclamó el individuo, también con facciones lobunas, como su compañero —. ¿Qué diablos...?

El hombre-lobo se interrumpió repentinamente al darse cuenta de que nosotros no éramos los que habían salido a la superficie. Pero Lunner, poniéndose súbitamente en pie, actuó con una rapidez y una decisión

dignas de encomio.

Aprovechándose de la sorpresa, hubiera podido disparar contra el pirata, fulminándolo en el acto. Pero esto no nos convenía, porque hubiera delatado estrepitosamente nuestra presencia en aquel lugar, De modo que Lunner hizo lo único que cabía: arrojarle la pistola a la cara.

La pesada arma golpeó de lleno el rostro del individuo, aplastándole las narices y derribándole al suelo. El hombre-lobo cayó de espaldas y, antes de que se recuperara, Lunner se le arrojó encima, luego de recuperar la pistola.

Para estar más seguro, le golpeó detrás de la oreja. El hombre-lobo se estiró, quedando absolutamente inmóvil.

—Sigue, Kabé —me susurró Lunner, trepando de nuevo al «jeep».

Miré al capitán de reojo.

—¿No le parece que sería mejor hacer el resto del trayecto a pie? —sugerí.

—Quizá tengas razón —dijo mi compañero, volviendo a saltar de nuevo al suelo—. Así podremos ir con más cuidado.

Dejamos el vehículo allí y continuamos andando durante unos cincuenta metros, hasta que, de pronto, el túnel, ya muy ancho de por sí, desembocó en una inmensa excavación, de relativamente poca altura, pero de enorme extensión y en donde había tantas cosas Que nos quedamos estupefactos apenas hubimos echado un simple vistazo al panorama.

Una parte de la cueva, separada del resto por un colosal muro de transparente vidrio, era un inmenso laboratorio, dotado de los más refinados adelantos científicos, y en el cual quince o veinte hombres de bata blanca se afanaban en su trabajo, sin prestar mucha atención a lo que ocurría en el resto de la oquedad.

Además del laboratorio, había en la parte opuesta numerosas máquinas, muchas de ellas transformadores de la energía que se recibía de los espejos solares, dínamos, turbinas, y aparte de éstas, poderosas calculadoras, así como unos cuantos puestos de detección, escucha y transmisión de radio y televisión subespaciales, servidas todas ellas por sus correspondientes especialistas.

Dentro de la cueva reinaba un tráfago activísimo, sin que ninguno de los que allí estaban pareciera preocuparse mucho de lo que hacía su vecino. Era evidente que todo aquello estaba hecho y funcionaba tendente a un único fin, pero cuál era éste teníamos que averiguarlo todavía.

No obstante, pude empezar a sospechar algo cuando observé que no todos los humanos que había allí pertenecían a la raza de Hochester. La mayoría de ellos tenían una característica definitoria, que les hacía sobresalir grandemente del resto de la masa.

—Bueno —exclamé, un poco confuso—, ¿quién nos iba a decir esto, verdad, capitán?

Lunner asintió.

—Me parece que hemos dado, al fin, en el clavo, Kabé. ¿Qué te parece?

—Muchos andeggianos veo por aquí, capitán. ¿Qué estarán haciendo?

—No tardaremos mucho en saberlo, Kabé. Ahora deberíamos...

Una voz sonó a nuestras espaldas, con fantásticos acentos,

—Se lo explicaré yo mismo con todo lujo de detalles, capitán Lunner.

Éste, y yo también, nos volvimos con la rapidez del relámpago. En el mismo instante, alguien golpeó la mano del joven y la pistola que empuñaba cayó al suelo.

Hochester lanzó una aguda risotada a través de sus afilados colmillos.

—Muy listos, capitán Lunner, endiabladamente listos para haber adivinado el modo de llegar hasta aquí. Lástima que pronto se les acaben todas sus virtudes.

De mala gana, Lunner se frotó la maltratada muñeca. Ni él ni yo osamos hacer el menor gesto, cubiertos como estábamos por dos de los secuaces del pirata, armados con sendas pistolas,

—Bueno —dijo Lunner—, si nos va a liquidar, hágalo cuanto antes. ¿A qué espera?

—¿Liquidar? ¡Qué palabra tan fea, capitán! —sonrió siniestramente el pirata—. Oh, no; ustedes me son mucho más útiles vivos que muertos. ¿Quieren seguirme, por favor?

No le seguimos; nos llevaron aquella pareja de esbirros, empujándonos con el cañón de sus pistolas, haciéndonos cruzar el muro de vidrio que aislaba el laboratorio del resto de la caverna y atravesar el umbral de una puerta que había en el lado opuesto de la entrada,

Pasamos a una habitación que había excavada bajo la misma roca, en la cual había dos personas sentadas, conversando amistosamente. Una de ellas era María y la otra un hombre joven, de unos treinta y cinco años, en cuyas facciones se veía un notable parecido físico con la princesa. No me hizo falta saber más para comprender que aquel joven era Zhuwuddar, el desaparecido rey de Fizeon.

—Bien, bien —exclamó el pirata—, ahora ya estarnos todos aquí y podemos dar comienzo a las explicaciones, ¿no les parece?

Zhuwuddar se puso en pie al vernos entrar. Miró especulativamente a Lunner y pude advertir en los ojos del primero un destello de interés, prontamente, apagado. En cuanto a María, no se movió siquiera del lugar en que se hallaba.

—Si te refieres a que ahora estás en mejores condiciones de obligarme a proporcionarte la fórmula que elimina el oro de la epidermis de los andeggianos, te diré que me niego rotundamente a ello, Hochester —contestó firmemente el rey de Fizeon.

El pirata se echó a reír.

—Un poco prematuras me parecen tus afirmaciones, rey Zhuwuddar —dijo—, sobre todo, teniendo al lado a tu hermana.

Zhuwuddar comprendió instantáneamente la sombría amenaza que latía en las palabras del forajido. Y Lunner también, porque le vi ardiendo en deseos de arrojarse al cuello de Hochester y estrangularlo allí mismo.

—¿Qué? —exclamó furioso el rey—. ¿Serías capaz de...?

—¡Ya lo creo! —contestó Hochester con desfachatez—. Tu fórmula podría rentarme billones de beneficio y por poseerla ¿crees que podría detenerme un obstáculo tan pequeño como sería un poco de tormento a tu hermana?

—Toca uno solo de los cabellos de María y morirás como un perro —rugió Zhuwuddar.

—¡Bah! —exclamó Hochester desdeñosamente—. Deja esas actitudes

melodramáticas a un lado, pues no van bien con la actual situación. Ya habrás visto que tengo ahí afuera el mejor laboratorio que se puede encontrar en muchos años luz a la redonda. Hay también numerosos científicos…

—Todos ellos traidores y dignos del peor de los castigos —exclamó Zhuwuddar airadamente.

—Algunos, puede que sí, en tu concepto —dijo el pirata reflexivamente—. Otros, en cambio, se encuentran en tus mismas condiciones y ¿qué iban a hacer los pobrecillos? Pero aunque todos tienen un cerebro privilegiado, no han podido, sin embargo, dar con la fórmula definitiva que elimina el oro de la epidermis. Falta algo así como… ¿de qué manera lo describiría yo? Ah, sí. Supongamos que se está construyendo un arco y que ya tenemos casi todo hecho. Falta la piedra clave, la que soporta el conjunto de toda la bóveda y la mantiene fija en su sitio, de modo inconmovible. Eso es lo que no tenemos y lo que deseamos saber, por tu mediación, Zhuwuddar, puesto que eres tú el único que lo conoce.

—¿Y para eso me has tenido tanto tiempo secuestrado? —inquirió el hermano de María.

—¡Naturalmente! Tenía que traer primero a tu hermana aquí y, por medio de ella, obligarte a acceder a mis pretensiones. Ahora ya está aquí la princesa y cuenta, Zhuwuddar, que soy capaz de hacerla matar si no me proporcionas lo que deseo.

Las últimas palabras de Hochester fueron pronunciadas en un tono que no admitía la menor duda de la seguridad de sus promesas. No obstante, María tenía algo que oponer.

—Dices que me andabas buscando para traerme junto a mi hermano. Y, sin embargo, la primera vez que nos encontramos, tiraste contra nosotros, recuérdalo, Hochester. Nuestra nave quedó averiada y ello nos obligó a aterrizar aquí, en Heraflion.

—Quería eliminar a éste —dijo el pirata sencillamente, señalando a Lunner—. Luego me di cuenta de que había, cometido un error, un colosal error, pero era ya tarde para evitarlo. Sin embargo, puedes creerme que me alegré infinito cuando vi que os habíais salvado.

—No será porque tú pusiste los medios para ello —dijo María ácidamente—. Y ahora, ¿qué piensas hacer? ¿Dejar la piratería espacial y dedicarte al bonito deporte de cobrar los derechos de patente de la fórmula de mi hermano? Menos arriesgado, pero

infinitamente más productivo, ¿no?

Hochester se echó a reír.

—Me sorprende tu clarividencia, princesa María. Sí; es más cómodo y menos arriesgado. Una vida tranquila y sin sobresaltos ni temores a las patrullas de vigilancia del espacio. Para mí la piratería se acabó. Cierto que todo cuanto hay aquí procede de los beneficios que obtuve con digamos mi profesión; pero esto se ha acabado.

—Suponiendo que mi hermano te dé la clave de la fórmula —dijo María.

—¿Por qué no? Pienso obligarle a ello. ¿Crees que le gustará mucho ver cómo te torturan mis hombres, princesa?

La joven miró a su hermano.

—No le des la fórmula, Zhuwuddar. No te preocupes por lo que me pueda pasar a mí. Antes preferiría que se la entregases gratuitamente a Bellolion.

—Oh, el de Andegga —rio el pirata—. El pobre, a estas horas, anda cargando con la mala fama resultante de su supuesto secuestro que él no ha cometido, ¿verdad? Ese sí que me pagará un fortunón por la fórmula. Imaginaos lo malo que debe ser tener la piel completamente llena de oro. La más débil corriente eléctrica basta para carbonizarlo completamente a uno, ¿eh?

Las risotadas del pirata atronaron el espacio. Mientras que su cuerpo se conmovía a impulsos de la hilaridad que él mismo había provocado, yo empecé a pensar en la forma que podíamos dar solución a aquel atasco en que nos hallábamos.

—Un momento, capitán Hochester —dije.

El aludido dejó de reír y me miró.

—¿Qué quieres tú? —dijo, de mal talante.

—Simplemente una pregunta. ¿Qué ocurriría si Zhuwuddar te diera la fórmula y pudieras experimentarla en todos esos hombres de oro que tienes ahí afuera? Supongo que nos dejarías marchar libremente, ¿no es así?

Mis palabras cogieron desprevenido al pirata, el cual, durante unos

momentos, no supo qué contestar. Vaciló, dudó y, al fin, dijo:

—Hombre, pues… Yo siempre cumplo lo que digo…

Conecté el circuito del escepticismo.

—¿Dejarnos marchar? ¡No digas estupideces, Hochester! Si nos permitieras salir de aquí, sabes que inmediatamente, tanto el Canciller como Zhuwuddar, enviarían una poderosa flota a destruir tu escondrijo. ¿Te conviene eso, Hochester?

El lobuno rostro del forajido se deformó a impulsos de la rabia que sentía.

—¡Eso no te importa a tí, condenado! —gritó, salido de sus casillas—. Lo único que quiero es que Zhuwuddar acceda a mis propósitos. Lo demás…

—Mi hermano no hará tal cosa —dijo María firmemente—. No cuentes con ello. Y si piensas torturarme, empieza cuanto antes; quiero demostrarte que todos tus esfuerzos serán vanos.

Las manos de Hochester se crisparon. Arrojó en torno suyo una furiosa mirada, pero no tardó mucho en decidirse.

—¡Coged a la princesa! —exclamó con tono furibundo—. ¡Vamos a ver ahora si…!

Hochester estaba dispuesto a llevar a cabo sus amenazas. Pero yo no podía consentir que hiciera daño a María. ¿Cómo evitarlo sin, a la vez, dañar yo a los esbirros del pirata que, a fin de cuentas, con rostro de lobo o no, eran humanos?

No podía hacer más que una cosa, y la hice. Doblé mis rodillas, al mismo tiempo que emitía un agónico suspiro.

Mi falso desmayo llamó la atención de todo el mundo, incluso de los secuaces de Hochester. Por un segundo, temí que Lunner desaprovechara aquella ocasión tan estupenda, pero no fue así; el joven actuó con la energía y decisión propias del caso.

Saltando hacia adelante, con la velocidad del rayo, asió por la nuca a uno de los piratas, arrojándolo con todas sus fuerzas hacia Hochester.

Éste vio las intenciones de Lunner y echó mano a la pistola, pero el golpe que le propinó su propio secuaz lo derribó por tierra.

Zhuwuddar tampoco se estuvo quieto. Tomando una silla, golpeó fuertemente la cabeza del otro pirata, derribándole de modo fulminante y apoderándose de su pistola en un santiamén.

Mientras tanto, Hochester había conseguido desembarazarse del peso de su acólito. Hombre ducho y avezado en toda clase de peleas, no había soltado la pistola y levantó la mano, encañonando con el arma a Lunner, quien no había tenido tiempo de apoderarse de un arma,

Pero su gesto llegó demasiado tarde; la pistola que tenía Zhuwuddar llameó sonoramente varias veces, y el forajido, lanzando un grito espeluznante, se derrumbó por tierra, atravesado su cuerpo por media docena de anticuadas pero no por ello menos efectivas balas.

Otro de los hombres-lobo quiso resistirse también y corrió la misma suerte que su jefe. En cuanto al tercero, inconsciente desde que recibiera el silletazo, no había vuelto a moverse.

Cuando terminó todo aquel jaleo, yo estaba ya en pie y contemplaba con burlona expresión a María, la cual, asustadísima, se había colgado del primer cuello que había tenido al alcance de sus brazos, el cual, miren qué casualidad, era el de Lunner.

Cuando se dio cuenta, se separó del joven, toda ruborizada. Y, por su parte, Lunner carraspeó para disimular su turbación.

Arrastré los cadáveres de Hochester y su esbirro a otra habitación inmediata, y lo mismo hice con el cuerpo del desvanecido. Luego volví fuera y dije:

—Ahora sólo queda salir ahí y dominar a los que acaso puedan resistirse. No creo —opiné— que sean muchos, pero si los hombres-lobo ven que falta Hochester, se desmoralizarán y se rendirán sin grandes obstáculos por su parte.

Y así fue, en efecto. Poco más tarde, todo había terminado ya. Los hombres-lobo que tuvieron la suficiente cordura para no empeñarse en una lucha inútil, que sólo gravísimos perjuicios podría haberles reportado, fueron encerrados en lugar seguro, vigilados por unos cuantos andeggianos de confianza.

Una vez todo concluido, Zhuwuddar, su hermana María, Lunner y yo empezamos a disponerlo todo para nuestro regreso, en tanto que un andeggiano transmitía a Fizeon, por la radio subespacial, la buena nueva del hallazgo de su rey, incólume y sin daño alguno.

—Espero que el Canciller de Andegga se avenga ahora a razones —dijo María, mientras que aguardábamos a que un equipo de especialistas lo dispusiera todo para la partida.

—¿Por qué no se lo pregunta a él en persona, princesa? —dije.

María me miró con los ojos muy abiertos.

—No te entiendo, Kabé —dijo, con voz trémula.

—Pues es bien sencillo. El Canciller está ahí, frente a usted. ¿Es que no lo está viendo? —dije, señalando a Lunner.

El rostro de la princesa se coloreó vivísimamente, en tanto que, a su lado, Zbuwuddar sonreía socarronamente.

—No… no puede ser…—balbuceó ella.

—Pues lo es, María —dijo el Canciller, avanzando hacia la joven.

—No… no entiendo… ¿Por qué… por qué viniste con… conmigo…?

—Muy sencillo. El rapto de tu hermano recaía sobre mí y yo era el más interesado en que no ocurriese nada entre nuestros dos sistemas, como, sin duda, hubiera sucedido, de seguir las cosas adelante. Por eso me puse yo a buscar a tu hermano en persona.

María tartamudeó:

—Pero… pero, tú… no tienes la piel… de oro… ¿Cómo se explica esto?

—Verás —dijo Bellolion, antes capitán Lunner—, también nuestros sabios habían descubierto una fórmula para hacer desaparecer el oro de nuestras epidermis. Pero esta fórmula es cara, complicada y difícil de aplicar.

—Luego… es cierto que Gobbie tenía la piel de oro —dijo María—. Kabé no mintió.

Bellolion asintió.

—Por supuesto. Lo que ocurrió es que se le habían pasado los efectos de la inyección que hay que poner para hacer desaparecer el metal de la epidermis demasiado pronto. Uno de los inconvenientes de nuestra fórmula, cosa que no ocurre con la vuestra, cuyos efectos son definitivos… y hereditarios. Nuestras hijos nacerán completamente normales, María.

Ella enrojeció vivísimamente, muy turbada, pero no opuso la menor resistencia cuando los brazos de Bellolion le rodearon el talle.

—Es decir —agregó el joven—, siempre que tu hermano esté conforme y me conceda tu mano. ¿Qué respondes, Zhuwuddar?

—Por mi parte, encantado. Siempre opiné —dijo el aludido—, que nuestros dos sistemas debieran entenderse mutuamente y espero que ahora, después de lo que ha sucedido, quede eliminado todo motivo de fricción.

Entonces fue cuando Bellolion me miró a mí directamente.

Dijo:

—Kabé, tú siempre has sabido mi verdadera identidad. ¿Cómo te has apañado para ello?

—Oh —contesté displicente—, si usted hubiera sido un verdadero terrestre, no hubiera podido llevar en su nave a la princesa, sabiendo que ésta tenía intenciones de arremeter contra el Canciller. Los terrestres tienen severamente prohibido la intervención en los asuntos de nuestros sistemas y más cuando entre éstos hay enemistad, como hasta ahora sucedía entre Fizeon y Andegga, ¿comprende?

Era sencillo de comprender.

Bellolion se echó a reír.

—Kabé, eres un robot como no hay otro. De no haber sido por ti, no hubiéramos podido solucionar este asunto.

—¡Bah! Ha sido cosa sencilla. ¿A quién, conociendo el carácter de la princesa María, sino a usted, se le ocurriría enviarle un mensajero amenazándole con los más graves males si insistía en sus propósitos? Tanto hubiera dado señalarle el sur; ella hubiera ido, solamente por llevarle la contraria, hacia el norte.

El Canciller, se alarmó.

—Kabé, me estás pintando muy negro nuestro porvenir. ¿Quieres decirme que María me va a llevar siempre la contraria?

—Ahora, no, porque le quiere, Canciller —dije, y éste se echó a reír.

—Todo ha salido bien gracias a ti. Tienes unas dotes de actor estupendas y es la primera vez que creí que un robot podría

desmayarse. Pídeme lo que quieras; te lo concederé sin regateos.

—Cualquier cosa, Canciller, siempre que no sea el empleo de niñera —dije; y los tres se echaron a reír.

FIN